

2367

J. LOPEZ PINILLOS
(PARMENO) *print.*

EL CONDENADO



EDITORIAL PUEYO
MADRID

7

EL CONDENADO

Esta obra es propiedad de su autor.

Droits de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norwège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

052
J. LÓPEZ PINILLOS, 1875-1922
(PARMENO)

EL CONDENADO

Drama en tres actos
estrenado en el teatro de la Princesa el 12 de noviembre de 1920.



COPYRIGHT BY J. LÓPEZ PINILLOS, 1920

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6
1920

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

TEATRO

El vencedor de sí mismo. (Drama.)

Hacia la dicha. (Comedia.)

El burro de carga. (Comedia.)

La casta. (Comedia.)

El pantano. (Drama.)

Nuestro enemigo. (Drama.)

La otra vida. (Drama.)

A tiro limpio. (Comedia.)

Los senderos del mal. (Comedia.)

Las alas. (Comedia.)

Esclavitud. (Drama.)

Caperucita y el lobo. (Comedia.)

La red. (Drama.)

El condenado. (Drama.)

NOVELA

La sangre de Cristo.

Doña Mesalina.

Las águilas.

Frente al mar.

Ojo por ojo...

Cintas Rojas.

El Luchador.

PERIODISMO

Hombres, hombrecillos y animales.

Lo que confiesan los toreros.—Pesetas, palmadas, cogidas y palos.

Los favoritos de la multitud.—Cómo se conquista la notoriedad.

Vidas pintorescas.—Gente graciosa y gente rara.

En la pendiente.—Los que suben y los que ruedan.

AL GRAN ARTISTA
FRANCISCO MORANO
CORDIALMENTE

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

AMPARO (38 años).	Amparo F. Villegas.
DARÍA (32 años).	Carmen López Lagar.
JULIANA (20 años).	Raquel Martínez.
AMPARITO (18 años).	Sofía Morano.
DOROTEA (17 años).	Angeles Morano.
JULIÁN (46 años).	Francisco Morano.
DON BENIGNO (50 años). . . .	Francisco Fuentes.
RUFO EL MOLINERO (40 años).	Joaquín C. Castillo.
HERACLIO (46 años).	Francisco López Silva.
HONORIO (23 años).	Gonzalo Llorens.
DON LUCIO (48 años).	Luis Herrero.
JUAN MANUEL (19 años). . . .	Marcial Morano.

Puede la acción desarrollarse en cualquier pueblo
de España.

ACTO PRIMERO

En casa de Julián, en la estancia que sirve de comedor y recibimiento, que es muy espaciosa y que está muy limpia. A la derecha, en primer término, arden unos trozos de olivo en una chimenea de campana, y, en segundo término, brillan los cristales de una puertecita. Al fondo, a la derecha, el portón, abierto, permite ver el zaguán y la puerta de la calle, y a la izquierda, otra puerta aísla del resto del edificio el dormitorio de los amos. Y, a la izquierda, en primer término, un arco adintelado conduce a una especie de galería, y, en segundo término, arranca una escalera con los peldaños de ladrillos.

De losas bermejas, grandes y bastas, es el piso, y el techo—del que pende una vieja lámpara, en la que una bombilla eléctrica sustituye al quinquet—es de tablones sostenidos por vigas bastante torcidas. Los muros y los tablones son de color azul pálido, y el zócalo y las vigas, negros. Las puertas, de cuarterones, y el portón, están pintados de gris.

En el centro de la estancia, hay una mesita, adornada con pañizuelos blancos bordados, en la que relucen una panzuda botella de cristal y dos copas. Entre el arco y la escalera, otra mesita sostiene una Virgen del Rosario, protegida por un fanal, junto al que

arden dos lamparillas de aceite. Entre el portón y la puerta del dormitorio, decora el muro, con sus astas frondosísimas, una cabeza de ciervo. Debajo hay tres almanaques de los que entusiasman a los campesinos. Esto es, de vivos colorines.

AMPARO y DARÍA, sentadas junto al fuego, acababan de rezar, mascullando las oraciones.

HERACLIO se pasea meditabundo, con un rosario en la diestra.

Es Amparo una mujer de ojos sombríos, melancólica y desapacible de gesto y de voz. Viste como la esposa de un pelantrín que va medrando; pero con poquisima pulcritud.

Daria, consumida, esquelética, con los labios lívidos y resecos y el ascua de la fiebre en los ojos, se estremece de vez en cuando, arrebujada en su mantón. Es aún más sucia que su hermana.

Heraclio, por la redondez y el color de sus ojuelos, por la hechura de sus pobladas cejas y por el picó de su ganchuda nariz, recuerda algo a los buhos. Moralmente los recuerda también por su tristeza antipática, solemne y estúpida. Su pierna izquierda es artificial; pero la han fabricado tan bien, que casi no se nota que el «buhó» es cojo.

HERACLIO

Mecánicamente.

A San Cayetano, Padre de la Providencia.

DARÍA

Con acritud.

¿Otra vez?

HERACLIO

Con humildad.

A las ánimas benditas.

DARÍA

Iracunda.

Pero, ¿qué te sucede? ¿En qué has pensao al rezar? ¿Esa es tu devoción?

HERACLIO

Dolido.

Mujer...

DARÍA

¿Ni siquiera te has dao cuenta de que se han acabao las devociones?

HERACLIO

No me he dao cuenta. Perdona. Ya sabes cómo soy cuando tengo una preocupación.

El «buh» deja el rosario en la falda de su costilla y se sienta entre las dos mujeres.

DARÍA

Desdeñosa.

No te va a comer.

HERACLIO

Yo no he dicho que me vaya a comer.

DARÍA

No lo has dicho; pero lo temes, gallina.

HERACLIO

Con tal debilidad en el tono, que hace risible la amenaza.

Si no fueses mi mujer...

DARÍA

Con acerbidad.

No tendría negra la sangre y no me estaría muriendo. Porque me estoy muriendo de sufrirte. *A su hermana.* No ha podido almorzar ni comer; se ha pasado en la cama y a oscuras medio día; le ha pegado, sin razón, a los chiquitines... Y es que le trastorna el miedo.

AMPARO

Si no hubiese claridad en sus cuentas...

HERACLIO

Reconviniéndola.

Amparo, que esas palabras son cuchillos. En mis cuentas hay tanta claridad como en el sol. Pero, como no hemos tenido suerte y estáis hasta entrapados...

DARÍA

¿Y es tuya la culpa?

HERACLIO

Sí, porque soy débil. ¿Quién me mandaba a mí administrar? *A Amparo*. Debí desairarte. Y no es que me arrepienta de haberme sacrificao por ti y por mis sobrinos; pero me duele que, al venir ahora el padre de mis sobrinos, pueda sospechar que no les ha perjudicao la mala suerte, sino la pillería. Esto es lo que me asusta y no su brutalidá.

DARÍA

Irónica

¿De veras?

HERACLIO

Conteniendo la ira.

¿Por qué no ha de serlo? ¿Por qué ha de asustarme su brutalidá? Él, tan valiente y tan forzado, ¿hará conmigo una herejía?

DARÍA

Si le dejas...

HERACLIO

Con un convencimiento que constituye una esperanza.

Esta pierna postiza es la que no le dejará. Soy un lisíao, Daria. Y un hombre completo, frente a un lisíao, se tié que reprimir.

DARÍA

Entonces, no tiembles más y cúrate esa calentura del miedo.

Entra por el portón DON LUCIO, párroco del pueblo. Es un hombrón que repelería por su mirada severa y su rostro adusto, si no conquistase todas las voluntades con su palabra cortés y su sonrisa bondadosa. Viste con decoro.

AMPARO

Si se curase el miedo, ya me lo habría curao yo.

DON LUCIO

Burlándose con afabilidad.

Pero, ¿sigues con esa tocata? Se sienta a la lumbre.

HERACLIO

Sombriamente.

Y ahora... no se la puede reñir.

DON LUCIO

¿Pues?...

AMPARO

Con angustia.

¡Ya, Lucio, ya!

DON LUCIO

Levantándose de golpe y hablando con la voz entrecortada.

¿Qué quieres decir? ¿Qué has sabido?

AMPARO

¡Que va a llegar! Recibí anoche la carta y esta mañana te busqué.

DON LUCIO

Es que me invitaron en la dehesa. Acaban de traerme. Pero, ¿a qué se ha debido?... Porque, hasta dentro de dos años, no cumplía.

AMPARO

A otro indulto. Le pusieron en libertad el martes, ayer durmió en Madri... y ya estará en el apeadero, adonde ha ido Juan Manuel pa recogerle.

DARÍA

Sarcástica.

En el apeadero, porque en la estación hay curiosos, y, por lo visto, le da vergüenza de que le miren. De algo le había de dar vergüenza.

DON LUCIO

Sin escucharla.

Jesús, Jesús...

AMPARO

¿Qué haremos, Lucio?... Dentro de un rato, llamarán a ese portón, y abriremos... ¡y se presentará él!

DON LUCIO

Apesadumbrado.

¡Válganos Dios! *Corrigiéndose.* Es decir, ¡bendito sea Dios!

AMPARO

Bendito y alabado sea siempre. Y bendito seas tú también por tu santidá. Pero, ¿no debo quejarme? ¿He merecido esta desgracia?

DON LUCIO

Con severidad.

Que es tu esposo el que vuelve, Amparo.

AMPARO

Con energía.

¡Pues esa es la desgracia: que el que vuelve es mi esposo, el padre de mis hijos, y que, por tanto, no puedo atrancar la puerta ni huir!

DON LUCIO

Así es.

AMPARO

Porque tengo hijos. ¡Ay, si no los tuviese!

DON LUCIO

Si no los tuvieras, recibirías también al que va a llegar, porque es carne de tu carne. Esa es tu obligación.

AMPARO

No, Lucio. No sería mi obligación sin mis criaturas, porque nadie está obligado a buscar la muerte. ¡Y yo me moriré junto a él!

DON LUCIO

Impresionado.

Exagera más.

AMPARO

Apasionadamente.

¡Me moriré junto a él! ¡Me matarán la repugnancia y el horror!... Siete años me he pasado viéndole como le vi entrar aquella mañana: con salpicaduras de una sangre que era mía, porque era de un primo hermano mío, y que era sagrada.

porque era de un sacerdote, y salpicao de sangre le veo ahora y le veré siempre. Y tendré que tomar el pan de sus manos, y tendré que oír su risa, y tendré que aguantar sus prontos—aque-
llos prontos de fiera que le hicieron un asesino—
y tendré que... ¡Pero eso, no! ¡Eso es tan terri-
ble, tan horripilante, que preferiria morir en la
horca! ¡No descansaré junto a él! ¡No me enve-
nenará con su maldito aliento!

DON LUCIO

Con severidad.

Amparo, Amparo, que eso es odio. Y tú, hasta hoy, has sido una buena cristiana.

AMPARO

¡Porque lo soy, no me han encontrao en el huerto colgá de una higuera!

DON LUCIO

Sigue disparatando, mujer.

AMPARO

¿Disparatando? ¿No piensas tú igual que yo?

DON LUCIO

Con energía y sinceridad.

¡El Señor me libre! No, no pienso igual que tú, porque, como la pasión no me ciega, afortunadamente, le hago justicia a tu marido. Que es violento, de una violencia brutal; pero aún más violento era mi pobre hermano Luis, y de él, siendo sacerdote—lo que hace la falta todavía más indisculpable—partió la agresión.

HERACLIO

Si Julián no hubiese labrao terrenos que no le pertenecían...

DON LUCIO

Pero los labraba creyendo que eran suyos, porque él es incapaz de robar, y mi hermano debió comprender su error y disculparle.

HERACLIO

Entre burlón e indignado.

¿Dejándole el terreno?

DON LUCIO

Dejándole el terreno, Heraclio. O acudiendo al juez, si lo quería recobrar. Pero Luis le acometió, y la misma locura que movió sus manos para abofetearle, movió las de Julián, que empuñaba la azada, para destrozarle de un golpe la cabeza.

AMPARO

De modo que ¿le disculpas?

DON LUCIO

Le disculpo.

AMPARO

Y... ¿le has perdonado?

DON LUCIO

Con unción.

Como sacerdote, sí. Con toda mi alma.

AMPARO

¿Y cómo hombre?

DON LUCIO

Con entereza, después de un instante de vacilación.

Como hombre, le quiero perdonar, y le perdonaré. Es un desdichado... y es tu esposo. Yo no lo olvido, aunque lo olvides tú.

AMPARO

¿Y si continúa enamorado de mí?

DON LUCIO

¿No es tu marido?

AMPARO

Con desesperada violencia.

¡No! ¡Eso, no! ¡Me moriré! ¡No lo sabré sufrir!

DON LUCIO

Severamente.

¡Aprenderás a sufrirlo! ¡Soportarás con paciencia la cruz que el Señor te ha enviado! ¡Y se-

rás con tu infeliz compañero como debes ser:
afectuosa, respetuosa, humilde!

AMPARO

Llorando.

¡No podré! ¡Me faltarán las fuerzas!

Suena la aldabilla del portón.

DARÍA

Levantándose y escuchando.

¿Será?...

DON LUCIO

A Amparo.

¡Sécate esos ojos!

DARÍA

Sentándose.

No. *A su marido.* Abre.

HERACLIO

¿Quién es?

RUFO

Dentro.

Gente de paz.

AMPARO

Entre sorprendida y temerosa.

¿No es el Molinero?

DARÍA

¿Y qué? *A su marido. Abre.*

Abre Heraclio el portón, y entra RUFO EL MOLINERO, jayán de mala catadura, largo de manos, de intenciones aviesas y de palabra insolente. Viste un traje de pana gris, y se cubre con un sombreroón grasiento. En la faja lleva una armería.

RUFO

Intentando ser amable.

Alabao sea Dios. Y no se asusten ustés, que esta casa la miro yo igual que mi casa y vengo tan respetoso como si fuera a misa. *A Amparo.* ¿Y ese león?

AMPARO

Con sequedad.

¿Qué león?

RUFO

Riéndose.

El ministro de Hacienda no va a ser. Pregunto

por la fiera de las fieras, so chufлона: por Julián, por su marío.

AMPARO

¿Y por qué pregunta por él?

RUFO

¡Anda! Porque sé que viene. Como aquí Heraclio se lo notificó a don Benino, y como don Benino no me enculta ná... De modo y manera que fui a la estación. ¿Es que ha bajao por la «entrevía» y se ha escurrió atravesando la haza como un zorro?

AMPARO

Con acritud.

No ha llegao.

RUFO

Menos mal. Porque ¡le voy a hacer un recibimiento!... Y que no mos hemos ajuntao naide: el Matraco, los tres de consumos y yo, que no seré Molinero más que de apodo; pero que, si no con piedras, sé moler con estacas. *Riéndose.* ¿Eh, don Lucio? ¡Vivas y tó le vamos a echar en cuanto nos soplemos tres copas!

AMPARO

Con una indignación que le hace olvidar las fechorias del matante.

¿Y se lo dice usted a don Lucio y no se le cae la cara de vergüenza?

RUFO

Asombrado.

¿Por qué? *Cayendo de pronto.* ¡Ah, sí! Disimule usted, don Lucio. Por más que ya ni me acordaba de lo de su hermano, que fué una desageración de la mala pata, en la que no hubo ni tanto así de estinto criminal. Y que los vivos los echaremos por las faenas que se ha cargao en presidio.

HERACLIO

¿Qué faenas?

RUFO

¡Ah! Pero ¿no se han enterao ustés? ¡Pues si lo sabe tó el mundo por Zapata, el de La Some-
ra, que estuvo con él y que cumplió hace un ti-
mestre! A uno de los guapos más guapos, porque
ponía a cuatro patas a un viejecillo pa que le sir-
viera de asiento, le partió las dos cavículas; y al

capitán general de los guapos, que era un gigante con más poder que un toro, le quitó el cuchillo cuando iba a metérselo en el bandullo al alcaide, y, pa que no se arrebatara más, le degolló.

AMPARO

Trémula.

¡Virgen Santísima de mi alma!

Las mujeres, el cura y el «buhó» se miran consternados.

RUFO

¡Arreal ¿Y por eso llama usted a la Virgen?... Que la llame la cóima del guapo, que es el que socumbió. Y alégrese usted, señora. *A Heraclio.* Bueno; hay que ver cómo son las mujeres. Tíe un león en casa y lo cambiaría por un borrego. *A Amparo.* Pero, hoy, no. Porque, hoy, después de una viudedá de siete años, se le alegrarán las pajarillas. *Se ríe salvajemente.*

HERACLIO

Llamándole al orden con moderación en un momento de heroísmo.

Hombre, Molinero...

RUFO

Con grosería.

¿Qué pasa? ¿No es verdá? *Con malevolencia.*
Y cállate, Heraclillo, que eres un pendón y le voy a decir a tu costilla los pasos que das con tu pata de maera.

DARÍA

Con acritud.

Por mí, no se moleste.

RUFO

Burlón.

Si no es molestia, Daría. Azvirtiéndole que tié un apaño en la capital, no me molestó yo.

HERACLIO

Sudando de angustia.

Cosas del Molinero.

RUFO

Si, si. ¿No te has compraó la pierna de lujo pa lucirte junto a la hembra? *A Daría.* Dele usté el

medio olivo que usaba antes cuando quiera salir del pueblo, y verá cómo no sale más.

HERACLIO

Abrumado.

Bonita hazaña. Te has lucido.

RUFO

Riéndose.

El que se ha lució eres tú. *A Daria.* Ea, se acabó. No le pegue usted mucho. *Dándole a Heraclio con el índice en la andorga.* ¡Si te quiero yo a ti más que a las niñas de mis ojos, Heraclio, Heraclillo, granujón!

Por el portón, que no cerró el Molinero, entra DON BENIGNO. Don Benigno demuestra cumplidamente todos los días que la cara no es el espejo del alma, porque, siendo la suya diabólica, su rostro es de serafín. Tiene una boquita abobada, unos ojuelos de niño y una expresión de candorosa inexperiencia en el conjunto de las facciones, que engañaría al observador más suspicaz. Pero, como nadie ignora que si sus trinos son de ruiseñor su estómago es de cuervo, no es precisamente el cariño de sus conterráneos lo que le puede ocasionar extorsiones. Viste mal y calza peor: la americana, zurcida, los pantalones, desfilachados, las botas, con remiendos.

DON BENIGNO

Qué, ¿nada todavía?

AMPARO

Ya lo ve.

RUFO

¿Se queda usted, don Benino?

DON BENIGNO

Un rato. Y como ya es tarde, volverás.

RUFO

Descuide. Vaya, hasta luego.

En cuanto sale el valiente, don Benigno cierra el portón.

DON BENIGNO

Le he mandao que vuelva porque, como no soy hombre de armas tomar y tengo enemigos...

DARÍA

No le matarán a usted, y no por falta de ganas, sino porque a un muerto no hay quien le mate.

DON BENIGNO

Desconcertado.

Y yo ¿estoy muerto?

DARÍA

Por los pedazos de cierta personita.

DON BENIGNO

Recobrando la serenidad y riéndose.

Es verdá. Estoy muerto porque me asesinó, achicharrándome con los ojos, esa personita. Y, ya que la ha nombrao usté y que no nos oye, les voy a pedir un favor. Aunque cuento con la ayuda de Amparo...

AMPARO

Interrumpiéndole.

Ya sabe usté que no vale. Juliana no es mi hija.

DON BENIGNO

Pero es hija de su esposo, y su esposo ciega por usté. Y continúo. Aunque cuento con la ayu-

da de Amparo, como la de ustedes no me vendría mal, la «solicito». Y la «solicito», no porque dude del afezto de Julián, sino porque me escaman sus rarezas. Podría decir que estoy algo madurillo pa Juliana. ¿Eh? Podría decir que la chica tié derecho a casarse con el que la atonte y que yo no la atonto. ¿No? Pero eso lo veremos cuando sea su marido, porque yo, que no domino el piropo, ni presumo, ni conmuevo con la guitarra, no serviré pa galán; pero, lo que es pa marido...

DARÍA

Malignamente.

Todavía no ha hecho usted la prueba.

DON BENIGNO

Risueño.

¿Eh, don Lucio? ¿Ha oído la maliznidá?... Que no he hecho la prueba. ¿Le costa, quizás, Daría? Y punto redondo. Diálogo picaresco, no, que yo, en el ramo de lo picaresco, soy de oro fino. Y, con formalidá, pregunto: «Benizno Cordeiro, ¿es un hombre sentao y de porvenir?»

DARÍA

Sentao y hasta acostao, y no de porvenir, sino de presente. Porque usted, con lo que pescó de

su hermano, ya habrá reunido ochenta o cien mil duros.

DON BENIGNO

¿Cien mil duros y sólo tengo unas tristes pesetas repartidas entre hambrientos que pagan milagrosamente... cuando pagan, o entre pillos que me suelen robar? Y mi hermano, a quien yo le decia «el rey de los gastosos», ¿qué dejó?

DARÍA

¿El rey de los gastosos y fué cinco veces a la casa de empeños pa que le rebajaran la pistola con que se suicidó?

DON BENIGNO

¡Naturalmente! ¡Como que no la iba a usar más que una vez!... Pero, en fin, no discutamos, porque no quiero hacerme el pequeñito echándomelas de pobre. No. Yo reparto mi dinero, privándome de muchas cosas, pa ganar, y si hoy en día no soy un señor barón de Rochil o un don Roque Fellér, seré con el tiempo lo que se llama un acaudalao.

DON LUCIO

Pues sea menos duro con los infelices, don Benigno. Recuerde que su nombre es Benigno.

DON BENIGNO

Caray, don Lucio, que me parece que se va usted del seguro.

DON LUCIO

Sin intención de ofenderle. Pero ha arruinado usted ya a varias familias y tiene a otras con la soga en el cuello, y por eso me permito recomendarle beniznidá.

DON BENIGNO

Es que si manda la beniznidá que viva el que tiene dinero como un perro sin amo, pa que, con lo suyo se diviertan los sablistas, me río de la beniznidá. Y de la Tología, y usted perdone, don Lucio.

Suenan voces en el zaguán, abre el portón Heraclio y entran JULIANA, AMPARITO, DOROTEA y HONORIO.

Juliana, que es muy bella y muy femenina, tiene la resolución de un muchacho resuelto, y mira con una altivez que heriría si no estuviese horra de impertinencia. Lleva sin coquetería, pero con garbo y elegancia, un traje muy humilde.

Amparito, mejor vestida, es inferior material y moralmente a su hermana. Sus ojos son tan sombríos como los de su madre, y en su humor pone ya nubes la melancolía.

Dorotea es un animalejo muy dulce y muy gentil, muy tímido y muy ruboroso, que para su adorno escoge telas de colores violentos, con una ingenuidad de salvaje.

A Honorio no hay quien le dispute en la localidad y en sus aledaños el cetro del buen tono. El flequillo, cortado en punta y rizado con tal arte que los seductores de profesión no le pondrían un pero, le cae sobre la frente con una distinción tan arrebatadora, que marea y sojuzga al sexo enemigo. Pero él es ya esclavo de una de sus campeonas, de Amparito, y, pudoroso y fiel, pusa junto a las demás con una indiferencia cruelísima. Viste un traje de americana, el traje de los domingos, que es la obra maestra de un cortador rural.

AMPARO

Sorprendida.

¿Por qué volvéis?

HONORIO

Porque está lloviendo y aprieta como pa diluviar.

JULIANA

Y como Honorio—y yo se lo agradezco—se

ha echao encima lo mejor del arca, y no se quiere deslucir... Eso ya no se lo agradezco.

HONORIO

Sacudiendo el sombrero de lujo y secándolo con un pañuelo cuidadosamente doblado en el que por nada del mundo se sonaría.

Esta Juliana tié unas ocurrencias... ¿No está Amparito resfriá?... Pues su resfrio es el que nos trae y no mi temor al agua.

JULIANA

Su resfrio. Sí. *A Dorotea.* ¿A que hubieses tú estornudao diez veces por minuto sin mover un pie? *Riéndose.* Pero, ¿por qué te pones colorá, mata de habas? ¿He mentao siquiera a Juan Manuel?

DOROTEA

Apuradísima.

Pero, ¿la oye usted, don Lucio?... ¡Y hasta delante de Amparo!

JULIANA

Cariñosamente.

¿Y qué, sosa, fea, tontaina? ¿Es que no os vais a casar, porque os queréis y porque a mí se me ha puesto en el moño?

DON BENIGNO

Riéndose maravillado.

¡Esta Julianita es de lo que no se encorambra!

JULIANA

Gracias, don Benigno. Usté siempre como un coral.

DON BENIGNO

Inspirado.

Un coral con las perlas de Oriente, como usté.

HONORIO

Con benévola admiración

¡Undá! Como los ángeles, don Benino.

DON BENIGNO

Envanecido y satisfecho.

Pero, ¿qué te habías figurado tú? Y la satisfacción le despierta de tal modo la generosidad que ofrece tabaco. Y coge un pitillo, ya que estos señores no fuman.

HONORIO

Devolviéndole la pelota a Juliana.

Agradeciendo, cuñao.

Don Benigno, que se echa a reír como si le hubiesen obsequiado con una admirable ingeniosidad, se convierte en un ciprés al oír la respuesta de Juliana.

JULIANA

Con un candor muy bien fingido.

¿Se va a casar con tu hermana? *Riéndose.* Y no me enfado, porque estoy tan contenta que, ni queriendo, me podría enfadar.

AMPARO

Acedamente.

¡Contenta, contenta!... Me lo dirás dentro de un mes. Cuando conozcas a tu padre.

JULIANA

Desagradablemente sorprendida.

¿Y no le conozco? Al ocurrir la desgracia, ¿no tenía yo trece años?

AMPARO

Son muy pocos años.

JULIANA

Con gravedad.

Pero, le conozca o no le conozca, es mi padre. Sea como sea, es mi padre. Haya hecho lo que haya hecho, es mi padre.

AMPARO

¿Le vas a defender sin que le critiquen?... Sí. Aunque ha hecho lo que ha hecho, y aunque sabe Dios lo que hará, si no ha cambiao, es tu padre, y el padre de mi Amparito y de mi Juan Manuel, y mi esposo. Pero, ¿vamos a colocarle en un altar por ese motivo?... Pídele fuerzas a la Virgen para aguantar sus defectos, que son muy gordos y muy garrafales.

JULIANA

Con llevarle bien... Y ahora me acuerdo de una de sus manías: la mesa. Le estorbaba ahí, y la ponía junto a la paré, entre el dormitorio y el portón.

AMPARO

Y tiraba los almanaques, que me gustan a mí porque adornan.

JULIANA

Pues con quitar la mesa y los almanaques...

AMPARO

¿Y tó lo demás, pa que estemos como en una cuadra?

AMPARITO

Y que padre, con lo que el infeliz ha padeció, pué que ya no tenga manías.

Y se oye ruido en el zaguán y suena la aldabilla y abre, corriendo, Juliana, y entran Julián y Juan Manuel.

Julián es un hombre fornido, con la mirada de águila y los puños hercúleos. Está algo avejentado—y le avejenta más una barba de tres días—, y retorna del presidio con la color quebrada, con la voluntad entera, con la expresión triste y con los bárbaros impetus encadenados. Todo en él, la palabra, los ademanes, la voz, quiere ser medido, pruden-

te, cordial. Viste un traje de pana y una pelliza, calza unas recias botas y se cubre con un sombrero oscuro.

Juan Manuel es su padre con veintisiete años menos y sin la sombra del presidio. Tiene la mirada igual y la resolución idéntica, y en su ímpetu hay más arrogancia, porque ningún desastre lo ha quebrantado todavía. Viste de americana, lo mismo que Honorio, embellece su frontal con un rizo y llega mojado, como su padre.

JULIANA

Colgándose al cuello de Julián y besándole ansiosamente.

¡Padre, padre, padre de mi alma!

JULIÁN

Enronquecido por la emoción y besándola apasionadamente.

¡Corazón mío! A Amparito, que se le acerca llorando. ¡Mi vida!

Las aprieta contra su pecho, del que se escapa un bronco sollozo, y, con los ojos turbios, mira a los demás. Amparo, desencajada por el terror y de pie, como todos, clava en él la vista, cual si la hubiese hipnotizado. Don

Lucio, trémulo, Heraclio, empavorecido, y Daría, recelosa, no saben qué hacer. Y Doro-tea, don Benigno y Honorio le contemplan con tímida curiosidad.

DON BENIGNO

A Honorio, para que le oiga Julián, pero como si quisiera que no le oyese.

¡Y que le muerdan a este infortunao!

JULIÁN

A su esposa, que permanece inmóvil y como alelada.

¿Y tú, mujer?

Y Amparo, rígida, con la frialdad de una estatua de hielo, se aproxima a él y le devuelve el beso que recibe.

JUAN MANUEL

Besándole y abrazándole con ardor.

Padre, que aunque ya nos hemos besao y abrazao, me da envidia.

JULIÁN

Con lágrimas en la voz.

Deja que te vea a mi gusto. Conteniéndose para

no llorar. Un hombre. Y dos mujeres. Y yo me acordaba de las tres ratillas que perdí... De las tres ratillas que se hubieran escondido debajo de un sombrero.

JULIANA

Riendo entre lágrimas.

¿Hemos hecho mal en crecer, padre?

JULIÁN

Con amargura.

Yo fui el que hice mal cuando hice lo que no me ha dejao veros crecer. *Separándose de los hijos.* Y mi saludo agradeció a los que me esperan. *Al sacerdote.* A ti tenía más ganas de verte que a tós. Y más reparo. Y no te pués figurar la montaña que me quita de encima tu presencia aquí.

DON LUCIO

Enternecido.

Pues por casualidá me encuentras, porque no pensaba esperarte. Pero, en fin, obra de Dios, como todo, es esta casualidá, y te digo que he perdonado... y que olvidaré, si el Señor me ayuda.

JULIÁN

Yo, no. Yo me acordaré, porque mi castigo será acordarme. *Cogiéndole la diestra.* Y permíteme besar esta mano, que, pa que no viva como en el infierno, me ha dao la asolución.

DON BENIGNO

Abrazándole y haciendo como que se conmueve.

¡Nobleza! ¡Esto es nobleza! ¡Apriete usté, Julián!

JULIÁN

Disimulando su despego.

Gracias, don Benino. *A Dariú.* Y a ti ¿cómo te va?

DARÍA

Con una sonrisa de hiel.

Bien, si pué irle bien a los que se están muriendo. ¿No te has fijao en mi cara? En cambio, tú, llegas mejor que cuando te fuíste.

JULIÁN

*Con melancolía.*Mejor... *A Heraclio.* ¿Un abrazo?

HERACLIO

Abrazándole.

Y veinte. *Adulador.* Yo soy el que era y no necesito repetirme que, por ti, ruedo.

JUAN MANUEL

Porque su padre mira a Dorotea y a Honorio.

¿No los conoce usted? Esta es Dorotea, la hija del boticario.

DOROTEA

Roja como la grana.

Para servirle.

JULIÁN

No lo merezco yo, mocita.

JUAN MANUEL

Y este es Honorio, el de la estanquera. Ya sabe.

JULIÁN

Sonriéndose.

¡Ah!

HONORIO

Con timidez.

¿Sigue usted bueno?

JULIÁN

Apretándole la diestra.

Bueno, aunque no tan bueno como tú. *A Amparito.* No es mal pedazo de novio, chiquilla.

AMPARITO

Cumpliendo con la obligación de las muchachas bien educadas en esos casos, obligación que consiste en ruborizarse.

En no siéndole a usted antipático... Eso es lo principal.

Entra RUFO por el portón, y al ver a Julián da un grito de júbilo y corre hacia él con la alegría alborotada de un fraternal amigo.

RUFO

¡Vengan esos cinco, Julián! ¡Ya, ya lo se tó!

¡Ya sé que te hiciste el «Susuncorda! ¡Bien has plantao nuestra bandera!

JULIÁN

Conteniéndose.

Yo no he plantado ninguna bandera, ni ganas. Esas son cosas de usté, Molinero.

RUFO

Queriendo ocultar su despecho.

Caray, si te he mortificao... Yo vengo a darte la enhorabuena, de corazón.

JULIÁN

Con frialdad.

Y yo se la agradezco, por más que, entre hombres honraos como nosotros, por ciertas acciones no hay que dar enhorabuenas, sino pésames.

RUFO

Prescindiendo del tuteo y con un principio de acritud.

Pues le daré a usté el pésame.

JULIÁN

Con burlona gravedad.

Pué seguir tuteándome. Nunca me he enfadao por una prueba de estimación.

RUFO

Con algún recelo.

Como no corresponde usté...

JULIÁN

Ya corresponderé cuando me acostumbre.

RUFO

Con acerbidad; pero sin valor para ser agresivo.

Lo dejaremos pa entonces. *Haciéndole pagar a Heraclio su humillación.* ¿Qué hay? ¿Te han ajustao ya las cuentas?

DON BENIGNO

Con autoridad.

¡Pero, Rufol!

RUFO

Insolente.

¿Me va usté a reñir?

DON BENIGNO

Cambiando la autoridad por la benevolencia.

Te reñiría, si yo le reñese a los amigos. Y hasta mañana. *Volviendo a abrazar a Julián.* Hasta mañana y hasta siempre, porque continúo sosteniendo que es usted tan dizno como el más dizno y más hombre que tós los hombres de la provincia.

RUFO

Bárbaramente.

¡Sin escarrilar, don Benino! Tan hombre como yo, bueno; más hombre que yo, ni él, ni el gigante Goliá. *A Julián.* Y esto no es un desafío.

JULIÁN

Pácticamente.

Gracias, Molinero.

DON LUCIO

A Dorotea y al galán del rizo.

Vámonos, que esta familia querrá hablar a solas, como es lógico.

DARÍA

Y que son las once. Vamos. *A Dorotea.* Yo te dejaré en tu casa. Que ustedes descansen.

HONORIO

Estrechándole la mano á su futuro suegro.

He tenido una satisfacción... y mande usted.

JULIÁN

Y yo, hombre. Y manda tú. *A Dorotea.* Adiós, mocita.

Se despiden todos y salen por el portón Daria, Dorotea, don Benigno, Rufo, Honorio, don Lucio y Heraclio. Al quedarse solos, Julián, hambriento de cariño, torna a besar a las muchachas.

JUAN MANUEL

Acariciando igualmente a Julián.

Vaya, madre, acerquése, que también hay pa usted.

Y Amparo rompe a llorar convulsivamente y se desploma en una silla, y vuelan hacia ella, atribulados, Amparito y Juan Manuel. Juliana se aproxima un poco; pero sin soltar a su padre.

AMPARITO

¿Qué le pasa?

JUAN MANUEL

¿Qué tiene usted, madre?

AMPARO

Entre sollozos.

Ná. Ganas de llorar. No puedo remediarlo.

JULIÁN

Con pena.

«Dejarla». Es natural.

AMPARITO

A su madre.

Ande, venga con nosotros.

AMPARO

Enjugándose las mejillas.

No. Ahora, no.

JULIÁN

Bondadosamente.

Déjala. Cuando se desahogue, vendrá. Y ven tú, preciosa. ¿Te has acordao de mí?

AMPARITO

¿No me iba a acordar?

JULIÁN

A Juan Manuel.

¿Y tú?

JUAN MANUEL

Tós los días.

JULIÁN

A Juliana.

¿Y tú?

JULIANA

A toas horas. Siempre. Cuando hacía frío, porque tendría usted frío; cuando hacía calor, porque tendría usted calor; cuando estaba triste, porque estaba como usted; cuando estaba alegre, porque usted estaría triste.

JULIÁN

Con la voz parda.

¡Bendita seas! Aunque me engañes. Porque estos engaños lós fragua la buena calidá del corazón.

JULIANA

Triunfante.

Pero como no le he engañao... Y se lo voy a demostrar entregándole una cosilla.

JUAN MANUEL

¡Ah! Y yo otra.

Salen por la derecha y vuelven inmediatamente, Juliana con un envoltorio de papel de seda y Juan Manuel con una caja de cigarros.

AMPARITO

Después de unos segundos de silencio.

Padre... ¡me da vergüenza!

JULIÁN

Riéndose, enternecido.

¿Por qué, mi alma?

JULIANA

Deshaciendo el envoltorio

Mire. Pañuelos compraos por mí y bordaos por mí. Y lea usted: «Julián».

JULIÁN

Pero si esto es un primor.

JULIANA

Graciosamente.

Es que una... ¡es otro primor!

JULIÁN

Verdá. Y no lo digas riéndote, porque lo eres.
A Juan Manuel, cogiendo la caja. ¿Puros?

JUAN MANUEL

Sí, señor. Puros de la Habana. Me tocaron
hace tres años en una rifa, y se los reservé.

JULIÁN

En tono de burla, para disimular su emoción.

Mal reservaos. Porque, de orgullo, me voy a
hinchar como una rana, y os va a dejar sin padre
un reventón.

AMPARITO

Ocultando el rostro en el pecho de Julián y llorando acongojada.

¡Me da vergüenza! Y se creerá usted que no le quiero... ¡con lo que yo le quiero!

JULIÁN

Acariciándola.

¿Yo? ¿Creer yo ese disparate?... ¡Pobrecita mi niña! Pero ¿cómo no había de quererme este corazoncito de miel? *Besándola.* Ea, no llores más. *Acercándose a su mujer.* Ni tú, Amparo. Te lo pido por caridá. *Con un leve matiz irónico.* Ya sé que es de alegría; pero, reprímete, siquiera por tus hijos.

AMPARO

Secándose los ojos.

Me reprimiré.

JULIÁN

Y vengan otros besos... y cá mochuelo a su olivo.

JULIANA

¿Tan pronto?

JUAN MANUEL

Reconviniéndola.

Si hubieras pasao dos noches seguías en el tren, como padre...

JULIANA

No me acordaba. Perdóneme usté padre.
Le besa.

AMPARITO

Besándole.

Hasta mañana.

JULIÁN

Besando a Juan Manuel.

Hasta mañana, hijos míos.

AMPARO

A Julián; pero sin mirarle.

Es sábado. Les voy a sacar ropa limpia.

Salen por la derecha Amparo, Juliana, Amparito, y Juan Manuel. A Julián, al quedarse sin testigos, se le escapa un sollozo; pero vence, en seguida, su debilidad.

JULIÁN

Limpiándose los ojos.

¡No, Julián, no! ¡Llorar, no! Y que ya no hay motivos. *Rectificando.* No hay muchos motivos. *Paseándose.* Y, aunque los hubiese, ¡llorar, no, Julián!

Como, al pasear, ha tropezado con la mesa, la coge y la coloca entre el dormitorio y el portón, bajo la cabeza de ciervo. Y está mirando las astas frondosísimas, cuando entra AMPARO por donde salió.

AMPARO

Sin mirarle y con la voz ahilada.

¿Buscas la cayada?... Arriba la tienes con la escopeta y el morral. Mañana lo pondré tó en su sitio.

JULIÁN

Bien.

AMPARO

¿Tiro los almanaques?

JULIÁN

¿Por qué?

AMPARO

Como ya has quitao la mesa...

JULIÁN

Algo avergonzado.

Sin intención. La pondré otra vez, si quieres.
Es que me estorbaba.

AMPARO

¿Y no te estorban los almanaques?

JULIÁN

Ya, no. Antes me figuraba que, quitando dos o tres hojas por día, tiraba dos o tres días. Y ahora, pué que también me lo figure; pero como ahora me gustaria poderlos tirar...

AMPARO

Después de unos segundos de silencio.

¿Qué vas a comer?

JULIÁN

No traigo apetito.

AMPARO

Entonces...

JULIÁN

¿Qué?

AMPARO

Que, como tengo que amasar, si ná te hace falta...

JULIÁN

Gravemente.

Me hacen falta dos cosas: que me mires y que me digas, mirándome, que es lo que te he hecho.

AMPARO

Angustiada.

¡Demasio lo sabes!

JULIÁN

Si lo supiese, no te lo preguntaria. Y contesta. ¿Qué es lo que te he hecho?

AMPARO

Sin disimular completamente el rencor.

A mí, ná.

JULIÁN

Pues si no te he hecho ná, ¿por qué me recibes temblando, como a un enemigo?

AMPARO

Entre sollozos.

¡Lo sabes, lo sabes! ¡Tan bien como yo lo sabes!

JULIÁN

Con el rostro ensombrecido.

¡Ah! ¿Todavía?... Llevo siete años de penar, ¿y todavía piensas como aquella mañana? ¿Y tú eres la mujer modelo, la mujer de la religiosidá perfecta?

AMPARO

Con una indignación que evapora sus lágrimas.
¡Porque lo soy, pienso así!

JULIÁN

Pues perdona que me asuste un poquito de tu religiosidá. De esa religiosidá que, cuando me viste con sangre en las manos, te prohibió preguntar si era mía; de esa religiosidá que, al en-

terarte de mi locura, te hizo huír pidiendo socorro, como si fuese yo un cobarde asesino; de esa religiosidá que, en siete años, sólo te ha dejao escribirme siete cartas, más duras y más frías que mi grillete.

AMPARO

¡Por no mentir!

JULIÁN

Pero es que yo me imaginaba que las criaturas religiosas como tú tendrían más caridá y que consolarían a los desgraciaos en vez de martirizarles.

AMPARO

¡No puedo! ¡No puedo!... ¡Era pa mi como un hermano!... ¡Y, además, era un sacerdote!

JULIÁN

Y, por ser un sacerdote y por ser pa ti como un hermano, consentí sus insultos y aguanté hasta que me llamase ladrón. Pero, ¡me cruzó la cara, esta cara que ni mi padre había tocao, y me volví loco, y fué mi locura la que le hundió el azaón en los sesos! ¿He pagao mi locura

yendo con honra al presidio y no viendo medrar a mi carne? ¿Es pequeño el castigo, y, pa completarlo, me debo quedar sin mujer? *Abrazándola de pronto.* ¿No te acuerdas de lo que fuiste pa mí?

AMPARO

Rechazándole, trémula de pavor.

¡Déjame rezar! *Arrodillándose.* ¡Te lo pido de rodillas!

JULIÁN

Levantándola.

Ya rezarás. *Recobrando el dominio de sus nervios.* Cuando se te pase el arrechucho, seguiré. Y vamos a dormir. Acuéstate.

AMPARO

Con un horror invencible.

¡No! ¡Luego, luego!

JULIÁN

¿Qué temes? ¡Dil

AMPARO

Temblando.

Después de amasar me acostaré... Tendré cuidado pa que no te despiertes.

JULIÁN

¡Ah! Comprendió. *Encendiendo un farol que hay en la chimenea.* Mañana me arreglarás la salita del patio. Hoy descansaré en el granero. *Deteniéndose junto al arranque de la escalera.* Descansa tú también.

Sube con lentitud, y aún se oye el ruido de sus pisadas, cuando la mujer, sacudida por los sollozos, se arrodilla ante la Virgen y reza cruzando las manos con fervor.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En la misma estancia. Se notan levísimas variaciones: la mesa que había en el centro, con su botella y sus copas, ha sido colocada definitivamente entre el portón y el dormitorio; la cabeza de ciervo sostiene una escopeta, una cayada y un morral de cazador, y los tres almanaques siguen embelleciendo la pared principal, pero dos de ellos sin tacos.

AMPARO, AMPARITO y HONORIO, *arrebolada la madre, llorosa la chiquilla y confuso y entristecido el galán, acaban de interrumpir una conversación no muy gustosa.*

La matrona no ha cambiado de traje, la hija viste uno casero, pobrecito, y el novio, menos curiosamente afeitado y con menos coquetería en el traje, lleva el chaquetón, las botas enterizas y el sombrero grasiento de los días de labor.

HONORIO

Bueno; hasta la noche.

AMPARO

Con resolución.

No. Así no te vas. Sin clarearte conmigo, no sales de aquí. No has dicho ná y has dicho mucho. De modo que expláyate, que a mí las medias palabras me irritan.

HONORIO

Es que uno, por respeto y por comenencia, en algunas ocasiones tié que ser diplomacio; y en esta ocasión no iba yo a portarme como un gañán. Por finura, y porque Amparito es pa mí la alegría y la sal del mundo, y usté una madre con toas sus prerrogativas. Hasta la de pegar, si se le antoja arrearme un cogotazo.

AMPARO

No, si no te escapas con tu palabrería, Honorio. Te has metido en un bache del que no te sacará tu listeza. Conque hazme caso y claréate. Pa ti somos lo que has declarao, y te agradezco la voluntá. Pero, ¿qué somos pa tu madre, pa tu padre y pa tu hermana?

HONORIO

Eludiendo la contestación.

Mi hermana tié en la cabeza un panal de avispas.

AMPARO

Pero tu madre, no.

HONORIO

Si no viera por los ojos del viejo...

AMPARO

¿Y cómo nos miran esos ojos? ¿No nos desprecian?

HONORIO

Con el acento de la verdad.

¿A ustedes y, particularmente, a usted?... ¡Pues si su nombre no se le cae de la boca! Sino que lo otro se le ha clavao en el garguero como una de esas espinas que no se puén arrancar..., y usted sabe cómo las gasta mi padre, que si es mú mirao, es también mú testarúo.

AMPARO

A su hija.

¿No te lo anuncié?

HONORIO

Le repito que no es por ustés. Y si no hubiesen tenido la desgracia de que volviera el señor Julián...

AMPARITO

Reconviniéndole.

¡Honorio!

HONORIO

Disimula. He hablao como habla la gente.

AMPARO

Con odio.

Y tié razón la gente, porque su vuelta es una desgracia.

AMPARITO

Triste y vergonzosa.

¡Madre!

AMPARO

¡Una desgracia que nos ha caído encima y que nos aplastará!

HONORIO

Y coste que, por mi cuenta, ná he puntuao, porque estimo a su esposo, ya que, siendo yo mú hombre, disculpo su vicio, que es el de ser mú varonil. Y así se lo he soltao a mi viejo, y mi viejo, aunque afeándola, porque es la flor de la prudencia, ha comprendió mi estimación, y transigirá.

AMPARO

Gozosamente esperanzada.

¿Con el casamiento?

HONORIO

Entonces no habria cuestión. Transigirá con el noviajo. Ná más que con el noviajo, por ahora. Y eso pa evitar que su marío, en un pronto, haga un disparate.

AMPARO

Con energia.

¡Pero yo no transigiré, Honorio! Y pa que mi

hija no le sirva de tapaera al miedo de tu padre, no te presentes más aquí.

HONORIO

Pero, señá Amparo, no sea usié súpita. *Atragantándose.* ¿Y... si ocurre algo malo?

AMPARO

¿Peor que lo que me quita la vida?

HONORIO

Compungido.

Está bien. Adiós, Amparito.

AMPARITO

Conteniendo las lágrimas.

Pero, ¿te vas?

HONORIO

Vivamente.

Porque me echan.

AMPARO

Con desdén.

¿Y no te debo echar? ¡Si es agua lo que corre por tus venas!

HONORIO

Tan digno como melancólico.

¿Flechas también, seña Amparo?... A un hombre que va herido como yo voy herido, no se le tiran flechas. Se le compadece. Y hasta que se le antoje a usted.

Sale con triste majestad por el portón.

AMPARITO

Llorando.

¡No me quiere, madre! ¡No me quiere!

AMPARO

¡Cómo no te ha de querer! Y no llores tú, gloria mía. ¡Si tó es motivao por el orgullo y por el miedo! Que les repuna emparentar con nosotros, porque eso es emparentar con él. ¡El!... No le temen y le odian porque haya estao en presidio, ya que otros estuvieron—y por cosas peores—y nadie les persiguió; sino porque tién la seguridá de que hará algo horrible el día menos pensao. ¡Y lo hará!

AMPARITO

Con exaltación.

¡No lo diga usted! ¡No es posible! ¡Mi padre es bueno! ¡Quiero yo que sea bueno!

Suena la aldabilla del portón.

JULIÁN

Dentro.

Ale, ale, desastrá.

AMPARO

En voz baja.

Vete. Que no te vea llorando.

Sale Amparito por la izquierda, abre Amparo el portón, y entran JULIANA y JULIÁN.

JULIÁN

Anda a ponerte los zapatos. Y ligerita.

AMPARO

Sin poder contenerse.

¿Los nuevos?

JULIANA

Con indecisión.

Se ha empeñado...

JULIÁN

Empujando a su hija.

Ale, ale. Y Juliana sale por la derecha. Se va a poner los zapatos nuevos, porque lleva al aire un pie, y eso no me gusta. Y no se pone el vestido nuevo, porque el que trae encima, tan viejo, es su vestido nuevo.

AMPARO

A mi...

JULIÁN

Interrumpiéndola.

No te importa. Ya sé que no te importa. A mi, sí. Pero te debía importar, Amparo. Y te voy a leer la cartilla sobre este punto.

Entra por la derecha JULIANA, taconeando con los zapatos nuevos.

JULIANA

¿Y Amparito?

AMPARO

Por ahí andará.

Sale Juliana por la izquierda.

JULIÁN

Secamente.

Pa que nos echasen las bendiciones, ¿qué te esigí y qué me prometiste? ¿No me prometiste que tratarías a Juliana como a una hija?

AMPARO

Vivamente.

¡Y he sio una madre pa ella!

JULIÁN

Friamente.

Una madrastra, que no es igual.

AMPARO

Iracunda.

¿Qué falsedá me ha levantao?

JULIÁN

Desdeñoso.

¿Ves cómo eres una madrastra? Si fueses una

madre, la conocerías; y si la conocieras, no la creerías capaz de caluniar. ¡Caluniar! ¡Ni quejarse! Pero estos ojos ven de qué manera se la trata: ven que tiene unos zapatos nuevos y tu hija tres pares de zapatos nuevos; ven que viste como una hambrienta y tu hija como una señorita; ven que trabaja lo mismo que una criá y que tu hija no agarra una escoba, ni se arrima a un cubo, ni friega un plato.

AMPARO

Porque la sirvo yo. Y yo no voy a servir a la otra.

JULIÁN

¡Luego no eres una madre pa esa otra! Y te pregunto yo: ¿No me prometiste serlo?

AMPARO

Con hosquedad.

Hay promesas que no se puén cumplir. Tu hija es Juliana; pero también es hija de...

JULIÁN

Atajándola enérgicamente.

¡De una mujer que me quiso más que a su

honra y que se murió porque me casé contigo, imbécil! *Bajando la voz.* No critiques a esa mujer, y pregúntale a tu conciencia que si debes martirizar a su hija.

Entra HERACLIO por el portón. Trac una carpeta llena de papeles.

HERACLIO

Fingiendo una tranquilidad y un buen humor que está muy lejos de sentir.

¡Dígo! Y yo que pensé que llegaría antes que tú.

JULIÁN

Pues no has llegao antes.

HERACLIO

Como si no hubiese advertido la sequedad de su pariente.

Y enhorabuena, Julián.

JULIÁN

¿Por?...

HERACLIO

Porque ya tenemos otra cara.

JULIÁN

Yo, otra cara, y tu, otra pierna.

HERACLIO

Con la risa del conejo.

Sí, hijo, sí. La vejez pide comodidá. Pero vamos a lo nuestro, que estoy en ascuas por librarme de responsabilidaes. Era mucho peso pa mis lomos, y no porque no sea yo capaz de sacrificarme toa la vida por mis sobrinos, sino porque me asusta mi mala suerte. ¿Estamos?

JULIÁN

A su mujer.

Vete. Haz el favor. *Sale Amparo por la izquierda.* No. No estamos. No te entiendo.

HERACLIO

Con la voz insegura.

Quería decirte, que por tus hijos trabajaría yo

hasta que me muriera... saliéndome bien las cosas.

JULIÁN

Irónico.

Y te han salío bien. Como te conozco, estoy seguro de que te han salío bien.

HERACLIO

Cual si no comprendiese la intención de Julián y fingiendo que se emociona.

No sabes lo que te agradezco esa buena opinión.

JULIÁN

Con una lentitud y una calma de pésimo agüero.

Es que estoy seguro de que te han salío bien porque tengo la certeza de que a mis hijos les han salío mal.

HERACLIO

Disfrazando su miedo de dignidad herida.

No esperaba de ti esa contestación, Julián.

Porque tú, que eres bueno, a pesar de tu carácter...

JULIÁN

Con burlona frialdad.

Buho.

HERACLIO

Y que no transiges con las injusticias...

JULIÁN

Buho.

HERACLIO

Procurando sonreír.

Si lo tomas a broma...

JULIÁN

Gravemente.

¿A broma? Te digo buho, porque tienes cara y hechos de buho, y porque te estoy viendo ahora mismo como cuando volabas sobre tres pájaros chiquitines que te querías zampar. Los tres pájaros chiquitines eran mis hijos.

HERACLIO

Con la energía del pavor.

¡No, Julián! ¡Por ese aro no pasaré! Me podrás

matar sin que defienda mi vida; pero no consentiré que me deshonres. *Sacando los papeles.* Aquí están las cuentas, al céntimo. Y los números no mienten.

JULIÁN

Tirando la carpeta de un manotazo.

Pero, ¿tan bruto te parezco, que te figuras que me vas a engañar? ¡No, hombre, no! Si ya sé que arreglando números eres un fenómeno. Por eso no me has de contestar con papeles, sino con palabras. ¿Es verdá que has hipotecao dos fincas en nueve mil pesetas?

HERACLIO

Atontado por el golpe.

Me explicaré. Hace unos quince meses...

JULIÁN

Violentamente.

¿Es verdá o no es verdá?

HERACLIO

Con la voz ahogada.

Es verdá.

JULIÁN

Calmoso otra vez.

¿Y por qué has hipotecado las fincas? Los cereales, el vino y el aceite venían a dar—y mezclo las cosechillas con los cosechones—unas doce mil pesetas. Con la mitá se vivía en mi casa. ¿Por qué has recurrido a los usureros?

HERACLIO

Porque el aceite, el vino y los cereales no han dao ni la mitá.

JULIÁN

¿Cuántos olivos se han perdido?

HERACLIO

Que yo sepa, ninguno.

JULIÁN

Y, sin perderse ninguno, ¿cuántas arrobas de aceite se han venío a coger?

HERACLIO

Temblón.

Trescientas al año.

JULIÁN

¿Trescientas, y producían quinientas? *Después de una pausa.* Heraclio, eres un ladrón.

HERACLIO

Descompuesto por el miedo.

Debías acordarte de mi pierna. No soy un hombre como tú.

JULIÁN

Con una cólera fría que acaba de aturdir al cojo.

Esa es tu suerte: que por no ser un hombre, sino un bicho lisíao y con una pelota de estiércol en vez de un corazón, me mancharía aplastándote la cabeza.

HERACLIO

Lloroso.

Continúa, Julián. Continúa, que me aguantaré, pa que una réplica mía no te exponga de nuevo a dejar desamparaos a tus hijos. Tú cambiarás de opinión. Y mientras cambias, quede esto así.

JULIÁN

Examinándole con una curiosidad despreciativa.

¿Así? ¿Riéndose el ladrón de los robos?...
Eso quisieras, zorro.

HERACLIO

Llevándose el pañuelo a los ojos, aunque tienen la misma humedad que dos ascuas.

Continúa... Cébate en mí.

JULIÁN

Asqueado.

Yo no me cebo en alimañas como tú. Y, pa que te largues, te sentenciaré. Calculo que me habrás podido robar unas cincuenta mil pesetas. Pues bien; me conformaré con que me restitúigas ocho mil duros.

HERACLIO

Retorciéndose las manos.

Pero, ¿de qué modo, Julián?

JULIÁN

¡Ah! Eso no me importa. Allá tú. Si tuvieses tanto valor como maldá, te aconsejaría que robaras en los caminos; pero, como no lo tienes, te aconsejo que vendas.

HERACLIO

Aterrado.

¿Y Daría?

JULIÁN

Véndela también. A mí lo que me importa es recobrar mi dinero. Y, o recobro mi dinero, o te trinco y te abro en canal. Escoge.

Entra DON BENIGNO por el portón.

DON BENIGNO

¿Estorbo?

JULIÁN

No, señor. Si me estorbara, no le dejaría pasar, pa no echarle. Porque yo echo a los que me estorban. Heraclio...

Y castañetea despidiéndole y Heraclio recoge sus papelorios y sale por el portón.

DON BENIGNO

Con una sonrisa aduladora.

¡Atiza! El galápago y el tigre, fábula moral.

JULIÁN

Y la urraca.

DON BENIGNO

Riéndose con todo el cuerpo.

¡La urracal! ¿A que soy yo la urraca? ¿Y a que acierto por qué me llama urraca? ¿Va un piti-llo?... Pues me ha llamao urraca, porque esas aves esconden tó lo que pillan.

JULIÁN

Sacando la petaca.

Ganó usted. Cobre.

DON BENIGNO

Cogiendo un cigarrillo.

Pero si yo no escondo ná... Si yo busco el dinero pa sembrarlo. Como, a mi manera, soy labraor, pues siembro duros en vez de sembrar

trigo. Y también me fastidian las malas cosechas; que no es orégano tó el monte. Créame usted. Hay hasta gentuza que se suicida por no pagar y jorobarle a uno. ¡Ladrones! A alguno le hubiese yo querido resucitar pa ponerle las peras a cuarto.

JULIÁN

¿A cuarto, o a pelucona?... Pero a mi no me las pondrá usted, porque no he de matarme.

DON BENIGNO

¡Hombre, Julián, que me se clava en el corazón la salidital ¿Pa qué le he notificado lo de la hipoteca? ¿No se lo he notificado pa que, sabiendo usted que la trampa es conmigo, se tranquilice?

JULIÁN

Si estoy tranquilo. ¿No cae en que aflojará la bolsa quien la debe aflojar?

DON BENIGNO

En su mano.

JULIÁN

Pa que yo, en nombre de mi esposa, liquide con usted. Y liquidaré, aunque, al sacarme la licencia pa que Amparo maneje lo mío con libertad, me engañaron. Pero como esa faena no fué usted el que se la cargó...

DON BENIGNO

Excitado.

No, Julián. Yo voy a cargarme otra; pero otra de tal categoría, que... Bueno, Julián, agárrese pa oír esto: No me pague, si no me quiere pagar.

JULIÁN

Estupefacto.

¿Eh?

DON BENIGNO

Quemando sus naves.

¡Lo he dicho, y está dicho!

JULIÁN

Pasmado.

De modo que si me se antoja quedarme con sus nueve mil pesetas...

DON BENIGNO

Con una generosidad tan grandiosa que le escalofria.

Se las guarda usted.

JULIÁN

Refiriéndose a la rareza del caso.

¡Enorme!

DON BENIGNO

Abatido.

Ya, ya sé que la suma es enorme. Y más, en estos tiempos. Pero, en fin, me imaginaré que se ha suicidao otro abusón, o que me han robao... y me resinaré. No me pague, Julián. ¡Cójame la palabra!

JULIÁN

Levantándose y mirándole con fijeza.

Don Benino, usted no está bueno.

DON BENIGNO

Sí, el rajo es de no estar bueno; pero estoy bueno, Julián.

JULIÁN

Y el cerebro, ¿le rige?

DON BENIGNO

Como un reló. No, no estoy loco. Y si estoy una chispita loco, es en el corazón donde ha nacido la locura.

JULIÁN

Cuidao, don Benino.

DON BENIGNO

¿Por qué?

JULIÁN

Porque esa entraña estorba pa su carrera.

DON BENIGNO

Suspirando.

¡Si lo sabré yo! Como que desde que me enamoré de Julianita—y ya lo dije—soy otro. Otro que azquiere la ropa en la sastrería y no en las casas de empeño; que usa bastón con puño plateao,

igual que un príncipe; que se pone corbata; que en las limosnas llega a la esageración...

JULIAN

¿Y tó por mi hija y de acuerdo con mi hija?

DON BENIGNO

De acuerdo completamente, no, porque, si han hablao mis ojos, con la palabra no he querido declararme sin su conformidad de usted. Con Amparo y con la familia, cuento.

JULIÁN

Ambiguamente.

Respiro.

DON BENIGNO

Escamado.

¿Pa mi bien?

JULIÁN

Pa el mío, y basta. El suyo depende de Juliánita. *Después de una pausa.* ¿Qué edá tiene usted, don Benino?

DON BENIGNO

Cínicamente.

Cuarenta y seis.

JULIÁN

No oculte los años como el dinero, que los años nadie se los va a pedir. Tiene usted cincuenta, y Juliana, veinte.

DON BENIGNO

Pero estoy pa vivir otros cincuenta.

JULIÁN

¿Y no será ese el peligro mayor pa mi hija?

DON BENIGNO

¡Caray, Julián!

JULIÁN

Vamos a preguntárselo. Yo no pincho ni corto, y no ayudo ni avasallo. ¿No tié sentío común y le traga a usté? Pues que le aproveche. ¿Tié sentío común y no le traga? Pues no seré

yo quien le elogie el plato. Y a verlo. Pero avirtiéndole antes una cosa: que mi hija no se vende. Esto es, que, con casorio o sin casorio, usted cobrará sus nueve mil pesetas.

DON BENIGNO

Albórozado porque le pagarán, pero simulando un magnífico desprendimiento.

¡Tendría que ver!

JULIÁN

Con altivez.

Ni una palabra sobre ese punto. *Desde el arco.*
Juliana... Juliana...

DON BENIGNO

Piamente.

¡Señor, hágase tu voluntad!

Entrá JULIANA por la izquierda.

JULIANA

Afable.

Buenas, Don Benino.

DON BENIGNO

Galán.

A ver si son buenas, Julianita.

JULIANA

Sorprendida.

¿Pues?...

JULIÁN

Muy serio.

Fijate en don Benino, que te voy a hacer una pregunta: ¿Qué te parece? ¿Te parece guapo?

JULIANA

Cortada.

Padre...

JULIÁN

Sin tonterías, que tú no eres una pamplinosa. ¿Te gusta don Benino? Mírale bien. Bastón con puño plateado, corbata...

DON BENIGNO

Un poco avergonzado.

Alto, que no voy yo por ahí. Yo no me creo una lindeza, ni me figuro que puedo seducir con

mi pico a las mujeres; pero, si me faltan preciosismo, en lo carnal, y elocuencia pa los discursos que enamoran, en lo espiritual, tengo otras condiciones que puén caztarme la voluntá de una joven reflexiva.

JULIÁN

¡Ah, sí! Que vivirá un siglo. De modo que, si te casas con él y enviudas, heredarás a los setenta años, sin dentaúra ya pa comerte la herencia.

JULIANA

Prudente y hábil.

Bueno; si yo no fuese tan bobita, ya les había arañao: a usté, don Benino, porque se burla hasta de su sombra; y a usté, padre, porque le ayuda a burlarse de mí.

DON BENIGNO

Hecho unas mieles.

Pero es que yo no me burlo. Conque ¿arreglao?

JULIANA

No, señor. Desarreglao. Y no se arreglaría

aunque le quisiera—y no le quiero—, porque hasta yo misma, en lo hondo, llegaría a creer que me había vendido. Y dispense la claridá.

DON BENIGNO

Pasmado.

Pero, Juliana...

JULIÁN

No; discutir, no, porque es inútil. *Después de besar a su hija.* Anda, preciosa. *Y Juliana sale por la izquierda.* Y usted, ¿me quíe esperar cinco minutos?

DON BENIGNO

Y veinte. ¡Si no me pueo mover! ¡Si estoy he-lao! Señor, ¿es que se desprecia así un caudal?

Entra RUFO por el portón.

RUFO

Buenas tardes.

JULIÁN

Ven con Dios. Cinco minutos, don Benino.

Sale por el portón.

DON BENIGNO

Molesto.

¿Qué te trae por aquí?

RUFO

Mirándole furiosamente, pero hablando con moderación.

Sí que es usted el impropoltra de la memoria.

DON BENIGNO

Con despego.

No me falta.

RUFO

¿Que no?... Han dao las tres.

DON BENIGNO

Ya, ya.

RUFO

Groseramente.

¿Qué es eso de «ya, ya»? ¿Qué me prometió usted anoche? ¿No me prometió que me entregaría los veinte duros antes de visperas? ¿Y me los ha entregao?

DON BENIGNO

Con acerbidad, pero acobardado.

Rufo..., abusas.

RUFO

Sarcástico.

Pues si no abusara, ¿cómo se las arreglaría?... Abuso de tós los que le deben, porque los tengo metíos en un puño. ¡Ya lo sé! ¡Y sé también que, abusando, me juego la vida por servirle, pa que me premie usted con miserias... y pa que no me trague usted.

DON BENIGNO

Eso no es verdá, y lo otro... lo otro es pa reirse. Cincuenta duros al mes, ¿son una miseria?

RUFO

Ganando usted mil porque yo le defiendo, sí, señor. Si yo no fuera quien soy, ¿tendría usted la cabeza sobre los hombros? ¿Cuántos palizones bestiales he atizao por usted? Y, por su culpa, ¿cuántas veces he tirao de cuchillo?

DON BENIGNO

Con temor.

Calla.

RUFO

Bajando la voz.

Sin mí, ¿se habría suicidao uno de los que se han suicidao?

DON BENIGNO

Con una repugnante medrosía.

¿Por qué no lo pregonas en mitá de la plaza?
¿De tal modo te entusiasmó el presidio que quiés volver?

RUFO

Si tuviera hambre, ¿por qué no? *Riéndose con malignidad.* Y que, ahora, volvería acompañao.

DON BENIGNO

Tembloroso.

¿Qué quiés darme a entender?

RUFO

Que, por cariño, no quiero apartarme de su

lao, y que, pa no apartarme, diría, si me prendieran, que al hombre del suicidio le mató usted.

DON BENIGNO

Y eso, ¿no es mentira?

RUFO

¿Mentira? ¡Le mató usted! ¡Con mi mano; pero le mató usted!

DON BENIGNO

Con la voz ahogada.

Hay que dejarte. Cuando te pones así, hay que dejarte. *Sacando un par de billetes de la cartera.* Toma los veinte duros.

RUFO

Cogiendo los billetes con reprimida violencia.

Pero démelos usted con otra cara y pórtese usted como es regular. *Còn malevolencia socarrona.* Y no sea usted ilusionista, porque aquí no habrá más amo que el que hoy existe: Rufo el Molinero. ¡Venga quien venga, Rufo el Molinero! ¡A bocaos o a puntapiés, a tiros o a puñalás, Rufo el Molinero!

DON BENIGNO

Disimulando su alteración.

Y tu hombría, ¿quién la discute?

RUFO

En su interior, usted, que está maniobrando pa tirarme el pego. Sino que el pego no me lo tira usted a mí. Y si hace trampas pa que sustitúiga un rey de bastos a este rey de espás, le juro a usted, don Benino, que con su cabeza, que es mú reon-dita, juego yo a los bolos.

DON BENIGNO

Tocándose instintivamente el cráneo.

Ná, que te ha picao un mal bicho.

RUFO

Con grosera ironía.

A usted no le digo yo mal bicho. Y que usted, que no me ha picao, no me picará, porque lo impediré yo... por afezto. ¿Sabe usted cómo? Pues mojándole con saliva la oreja a su rey de bastos.

DON BENIGNO

Con asombro y admiración.

¿Que vas a desafiar a Julián?

RUFO

¡Y a pelearme con él y a morderle en las azau-
ras, si no huye, pa que desde hoy ca uno esté en
su sitio!

*Entra JULIÁN por el portón. Trae un rollo de pa-
pel, una pluma y un tintero.*

JULIÁN

Donde cae el burro, se le sacuden los palos.
Conque sacúdamelos usté, don Benino, rompien-
do los papeles que firmó mi esposa y escribiendo
otro que firmaré yo.

DON BENIGNO

Pero si aquí, legalmente, no se pué hacer ná...
Y. que no hemos rematao nuestra conversación.

JULIÁN

Eso no me convence. Lo de la legalidá, sí.

Deja el papel, la pluma y el tintero en la mesita del fondo. Y estoy a su disposición pa cumplir con la ley lo más pronto que sea posible. Si va usted a la taberna, nos veremos después.

DON BENIGNO

Pues iré a la taberna.

Desde el zaguán, con un gesto, invita a Rufo a seguirle; pero Rufo se encoge de hombros, riéndose despreciativamente.

JULIÁN

Con aspereza.

Y usted, ¿no se marcha?

RUFO

Con frialdad.

Tengo que hablarle.

JULIÁN

Incisivamente.

¿Tengo? ¿Y si no me da la gana de que me hable usted?

RUFO

Sin acordarse de que debe mojar la oreja de su interlocutor.

Me paece que no he faltao.

JULIÁN

Si, porque usted ha dicho «tengo», y se dice «deseo». Deseo hablarle.

RUFO

Tragando saliva.

Pues... deseo hablarle. Y como un amigo, Julián. Y, porque deseo hablarle como un amigo, aceto la lección, y ni me se ocurre tomarla por donde quema.

JULIÁN

Es lo prudente. Y hable usted, que le escucho.

RUFO

Pues ha sido a causa de la impetosidad de los muchachos: de mi Antonio y de su Juan Manuel.

JULIÁN

Disimulando la alarma.

¿Y qué han hecho con su impetosidad?

RUFO

Una chiquillería. Se encontraron en el casino;

se enrearon, por si era azmisible o no era azmisible una jugá, y, ya enreaos, Juan Manuel, que tié la lengua mú larga, ofendió a Antonio, mor-diendo en mi reputación, y mi hijo, que tié más larga la mano que el otro la lengua, le estampó los deos en el cutis, después de ponerle a usté como me se había puesto a mí. Total: que se han zurrao la badana como dos buenos mozos, igual que nos la zurraríamos usté y yo, si usté me pegara a mí, o yo le pegase a usté. Y pa que no nos peguemos, pa que seamos hasta faternal-es, le doy esta sastifación.

JULIÁN

Imperturbable.

¿Cuál?

RUFO

Empezando a perder la tranquilidad.

La de contarle la batalla. Porque le azvierto que los chicos han quedao como dos fieras.

JULIÁN

Siga.

RUFO

Y ya ¿qué voy a añadir? *Con un ligero tremor en la voz, porque el mutismo de Julián va impresionán-*

dole. Pero le haré una reflexión. ¿No sería una lástima que nos matáramos?... Porque hombres como nosotros no se puén pegar: tién que matarse, pa que el público no se ría. Y eso de que nosotros socumbamos...

JULIÁN

Adelante.

RUFO

Pues adelante. ¿Le conviene ser mi compañero, Julián?... Diga que sí, y, sin que se moleste—porque la leña seguiré azministrándola yo—partiré con usted.

JULIÁN

Impenetrable.

¿Y qué partiremos?

RUFO

Tó. Hasta las pesetas que le saco al Benino: ¡a ese canalla que nos quíe enzarzar pa que nos degollemos, con lo cual, por dos cuartos, le defendería cualquier pantasmón y se ahorraría lo que tié que entregarme!

JULIÁN

¿Acabó?

RUFO

Desconcertándose.

¿Es que se le ocurre algún reparo?... ¡Franqueza, Julián! Por más que, ¿cómo se le va a ocurrir? Usted es de la casta de los lobos, no de la casta de los corderos.

JULIÁN

¿Acabó ya?

RUFO

Alarmado.

Ya acabé.

JULIÁN

Trae usted el revolver y el cuchillo, ¿no?

RUFO

Rápidamente y con el corazón helado por el pavor.

A la casa de un compañero como usted, no voy yo armao.

JULIÁN

¿Que no, y te estoy viendo el bulto de la pistola, cobarde?

Y le quita de la faja la pistola y el cuchillo y los pone en la mesa tranquilamente.

RUFO

Queriendo balabronear, pero lívido de espanto.

¡Cuidao, Julián!

JULIÁN

Ya, ya tengo cuidao. Como que no escupiré pa que no te ahogues en mi saliva. Y cállate, porque las palabras te se mueren de miedo en la boca, y escucha. *Por la cayada.* Si no me diese asco, te molería con ese junquillo, Molinero; pero me da asco, y mi asco te salva de morir. Ahora que vivirás como un pobrete, porque la finca te la quito. Pégale a alguien, amenaza a alguien, y te pongo las ropas de tu mujer, y te llevo a la plaza, y te rifo a céntimo pa que le sirvas de niñera al que desee reirse de ti.

RUFO

Aterrado, pero con ojos de asesino.

¡Bien, Julián!

JULIÁN

Cayendo sobre él y zamarreándole.

¿Qué es eso? ¿Qué cara es esa?

RUFO

Completamente domado.

Julián...

Entra AMPARO por la izquierda.

JULIÁN

Soltándole al ver que ni pretende resistirse.

Anda, Molinero. Anda, y no pases más por aquí.

Le empuja, y Rufo, dando traspiés, sale por el portón.

AMPARO

Sombriamente.

Prepárate, porque Rufo no se aguantará.

Entran por la izquierda JULIANA y AMPARITO.

JULIÁN

Entre apenado y despreciativo.

No será el Molinero el que te libre de mí. A Amparito. ¿Por qué has llorao? ¿Me has visto sacudir a Rufo, y le temes a ese cobardón?

Entran por el portón DARÍA y HERACLIO.

DARÍA

Hablándole a Julián con un furor contenido.

Ya estamos a tus órdenes. ¿Más pronto?

JULIÁN

Por mí, aunque no hubierais venío...

DARÍA

Es que no venimos con las manos desocupás.
Riéndose amargamente. Traemos lo que has exigío
con tanta justicia y tanta educación.

JULIÁN

A Heraclio, sin alterarse.

Dile a tu mujer que no me mire con esos ojos.
Como son dos alacranes, me puén picar en la
cara.

AMPARITO

Gritando, asustadísima, al ver a Juan Manuel.

¡Jesús, Jesús!

*Entra JUAN MANUEL por el portón. Está herido
en la cabeza, y la sangre, mal restañada, le
ensucia una mejilla. Amparo y sus retoños
corren hacia él.*

AMPARO

Alarmada.

¿Qué tienes? ¿Quién te ha herío?

JUAN MANUEL

Ná, madre. No chille usté.

AMPARO

¿Que no tienes ná, y te veo tó ensangrentao?

JUAN MANUEL

Zafándose de las mujeres.

¡Que no tengo ná! ¡Un golpe, y ná más!

JULIÁN

Con moderación.

¿Y por qué te has peleao por el juego? No me gusta que juegues.

JUAN MANUEL

Jugarse el café al tute no es jugar. Y que no me he peleao por el juego, sino por una trampa.

Me la quiso imponer el Molinerillo, que va pa guapo; le dije que yo no le azmitía trampas ni a su padre; me replicó que su padre, porque hubiera tenía una desgracia como la que usté tuvo, no dejaba de ser tan decente como el primero, y me dolió la comparación, y me fuí de la boca... y pasó lo que tenía que pasar.

JULIÁN

Gravemente.

No te fuiste de la boca, puesto que yo tuve una desgracia y el Molinero no la tuvo: porque él es un asesino y yo soy un hombre honrao.

AMPARO

Con cruel egoísmo.

¡Pero has penao donde él penó, y nos conviene callar!

JULIÁN

Livido de cólera.

¿Callar? ¿Voy yo a permitir que me atropellen y mi hijo va a consentir que me insulten?... ¡Si él lo consintiera no sería mi hijo, y yo no tendría honradez si me dejase atropellar! *A Juan Manuel.* ¡Has hecho bien! Peleando por la dignidá de tu

padre, peleas por tu dignidá. Defiéndela siempre sin huír, como la has defendió hoy.

JUAN MANUEL

Con fiereza.

¿Huír yo?... ¡El es el que ha corrió con una brecha en la cara y veinte estacazos en las costillas!

JULIÁN

¡Mejor!

DARÍA

Venenosa.

¡Por ahí, por ahí! ¡Ese es el camino! ¡Que lo aprenda el muchacho!

JULIÁN

A Heraclío, conteniéndose.

Ponle ùna serreta a tu mujer.

DARÍA

¡Que te la pongan a ti, ya que las serretas son pa los potros! ¡Y no te enrites, que venderemos toas las fincas pa que disfrutes tú! *Sacando una cartera y tirándosela a los pies.* ¡Y ahí va cuanto

hay en mi casa! ¡Guárdatelo, aunque esta noche no cenén mis hijos!

JULIÁN

Dándole un puntapié a la cartera.

Yo no le he pedío a ese lo de tus hijos, sino lo de los míos. ¡Lo que le robó a los míos!

DARÍA

Ultrajándole con la sonrisa.

¡Ya está! ¡Lo que robó!

JULIÁN

¡Lo que robó, sí! ¡Que me desmienta!

DARÍA

Y que se pegue contigo, ¿verdá?... Que un cojo infeliz, más humilde que un gusano, se pegue con un barrabás que ya ha matao a dos hombres... ¡Si que es valentía!

JULIÁN

Con una furia que le sale por los ojos a llamas.

Por tener la cobardía de un ruín gusano, vive

ese ladrón. ¡Porque es un ladrón! ¡Y ahora mismo, pa que te calles, va a declarar que es un ladrón! *Cogiendo a Heraclio.* ¡Di que eres un ladrón!

DARÍA

Rabiosa.

¡Suéltale!

AMPARITO

Llorando.

Padre...

JULIÁN

¡Di que eres un ladrón!

DARÍA

¿Y qué, si lo fuera? ¡Más vale ser un ladrón que un asesino!

JULIÁN

En un rugido.

¿Eh?

Suelta a Heraclio y corre hacia Daría y levanta los puños sobre su cabeza; pero le contiene la voz de Juliana.

JULIANA

Mirando con desprecio a Daría.

Padre, que es una mujer.

JULIÁN

¡Sí! ¡Aunque no lo parezca, es una mujer!...
Vete, Daría. *Por la cartera.* Y con eso, porque
mereces vivir del robo.

DARÍA

¡Y tú!...

JULIÁN

En un alarido.

¡Calla!

DARÍA

Encrestada por su maldad.

¡No callaré!

JULIAN

Enloquecido por la cólera.

¡Calla, o te ahogo!

*Y, con la selvaticidad de un león, le echa las
zárpas al cuello.*

DARÍA

Con ferocidad.

¡Cobarde, asesino!

AMPARO

Corriendo hacia el portón, mientras sus hijos sujetan a Julián.

¡Socorro, socorro, socorro!

Al oirla, Julián, como si despertara de un sueño, se aparta vivamente de Daría.

JUAN MANUEL

Deteniéndolo a Amparo.

Pero, ¿qué hace usted, madre?

Y entra DON LUCIO precipitadamente por el portón.

DON LUCIO

Alarmadísimo.

¿Qué pasa?

HERACLIO

Refugiándose junto a él.

¡Lucio, Lucio!... *Llorando.* ¡Por Dios, Lucio!

DON LUCIO

Pero, ¿qué pasa?

DARÍA

Llorando también.

¡Que nos quíe asesinar, como asesinó a tu hermano!

JULIANA

Temblando de indignación.

¡Miente usted!

JUAN MANUEL

Al sacerdote.

¡Se ha defendio porque le han insultao! ¡Y le han insultao por pedir lo nuestro!

DON LUCIO

Pero, ¡cómo lo habrá pedido! ¿No puedes prescindir de la acritud y de la violencia? ¿No cambiarás, Julián?

AMPARO

¿Cambiar él? *Echándose a llorar, abrazada a Amparito.* Y de este modo... ¡no se pué vivir!

JULIÁN

Con inmensa amargura.

¡Es cierto! ¡No se pué vivir!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En la mañana de un día frío y luminoso. El zaguán está lleno de sol.

JULIÁN fuma en la puerta de la calle, viendo diablear a los chiquillos, cuando llega DON LUCIO.

DON LUCIO

Dios te bendiga, Julián.

JULIÁN

Y a ti te guarde, Lucio. Pasa.

Entran por el portón y don Lucio se acomoda junto al fuego.

DON LUCIO

Risueño.

Prepárate, porque traigo malas ideas.

JULIÁN

Afectuoso.

¿Tú?

DON LUCIO

Como que te voy a predicar un sermón.

JULIÁN

Pues en nadie encontrarás más respeto pa tus sermones que en este pecador arrepentio.

DON LUCIO

Vengo de parte de Daría y de Heraclio.

JULIÁN

Valiente es tu caridá, que ni de los demonios se asusta.

DON LUCIO

Eso es injusto. Daría no es mala: está mala. No hay que confundir. Y como la enfermedad le ha agriao el genio, que nunca fué muy dulce... ¡No, si la conozco! ¡Si sé los puntos que calza!... Pero, por sus venas, corre la sangre de tu mu-

jer; y sus hijos, que son tus sobrinos, de nada son culpables.

JULIÁN

¿Y quién los culpa?

DON LUCIO

De manera que ¿te apenaria arruinarlos?

JULIÁN

¿Y crees que los arruinaría yo? ¿Y piensas que, aunque no fuese yo el que los arruinara, no partiría con ellos mi pan?... Porque, si lo piensas, no me conoces, Lucio.

DON LUCIO

Apretándole afectuosamente la mano.

¡Qué lástima! Corazón de miel y cabeza de pólvora.

JULIÁN

No, no.

DON LUCIO

Cabeza de pólvora, que se inflama y produce tus malditos prontos.

JULIÁN

Es que mis prontos responden a otros prontos. Y ayer fué Daría la que con los suyos me sacó de quicio.

DON LUCIO

Por eso no te hablo de ella, sino de sus chiquitines. Heraclio reconocerá que te debe lo que le has exigido y garantizará el pago de la deuda con sus fincas. Pero te pide que no le hundas cobrándoselo todo de una vez.

JULIÁN

Concedio.

DOÑ LUCIO

¿Podrá pagarte en ocho años?

JULIÁN

Y en quince. Cuando le sobren los duros. Y sin interés. Y le cobro porque es de mis hijos lo que ha robao. Pero, ni al cobrarle a un ladrón, me quiero parecer a un usurero.

DON LUCIO

Apesadumbrado.

¡Ladrón!... ¡Usurerol... ¿Por qué no empleas otras palabras?

JULIÁN

Soy un bruto, ¿verdá?... Pero el caso es que me parece mejor ser un bruto que ser un hipócrita; y, así, al pan le llamo pan, y al vino, vino, y al usurero, usurero, y al ladrón, ladrón.

DON LUCIO

¿Y qué consigues con esa manera de obrar? ¿Qué ganas con que te odien y te huyan, y con que sólo se te aguante por prudencia o por terror? ¿No ves que estás labrando la desdicha de los tuyos?

JULIÁN

Yo, no: la está labrando la cobardía de la gente, la mala fe de la gente. No ofendo a nadie, no perjudico a nadie, no descubro una lástima que no remedie, no niego un favor... ¡y me ven pasar como a un mastin rabioso!

DON LUCIO

Por tu genio. Cambia.

JULIÁN

¿Y se pué cambiar?

DON LUCIO

Y una vida como la tuya, ¿se puede resistir?

JULIÁN

Con amargura y abatimiento.

No, señor. No se pué resistir. Pero yo... yo quisiera querer matarme, y no quiero matarme.

DON LUCIO

Con emoción.

¿Y has pensado en cometer semejante crimen?

JULIÁN

Y pienso. Pa librar a mis hijos, y pa librar a mi esposa..., aunque ya no es mi esposa. ¡Esto tié que arreglarse! ¡Tié que arreglarse, porque es-

toy aquí tan condena como en el penal, y esta condena cae sobre mis chiquillos y mi Juan Manuel

DON LUCIO

Pues, si no cambias...

JULIÁN

Encontraré una salía. No sé cómo; pero la encontraré.

Entra JULIANA por la izquierda.

DON LUCIO

Levantándose.

Felices, Julianita.

JULIANA

Risueña.

¿Le echo yo?... Porque entonces me voy.

DON LUCIO

Me echa una señora que me gusta menos que tú; pero a la que respeto más que a ti, porque es vieja: la obligación. Conque hasta luego. *Apretándole la diestra a Julián.* Y a ser buen cristiano... y a pensar como hay que pensar.

JULIÁN

Descuida, Lucio.

Sale don Lucio por el portón.

JULIANA

Con recelo.

¿Por qué le ha dicho eso, padre?

JULIÁN

Sonriéndose para tranquilizarla.

Porque es cura y los curas aconsejan así.

JULIANA

¿De verdá? ¿No maquina usted algo malo pa usted?

JULIÁN

¿Estás loca?

JULIANA

No, padre. Algo maquina usted. Porque usted no se ríe nunca; porque a usted se le sale la tris-

teza por los ojos; porque usted, en muchas ocasiones, me mira como si me mirase por última vez. Y esto no se debe a que usted sea muy sentido— y lo es, aunque nadie lo sepa mas que yo—; se debe, además, a otras cosas. *Con lágrimas en la voz.* Quizás en alguien no haya encontrao el cariño que esperaba encontrar...

JULIÁN

Conteniendo su emoción.

Pero tan grande es el vuestro, que me conformo con él. Porque, en el fondo, en este fondo de hombre «muy sentido», como tú dices, yo no soy mas que un infeliz. Un infeliz que os salvará.

JUAN MANUEL

Desde el arco.

Si de usted dependiera...

Entran por la izquierda JUAN MANUEL, AMPARO
y AMPARITO.

JULIÁN

Afectuoso.

¡Ah! ¿Me escuchábais?... Pues depende en asoluto de mí: de mi voluntá. Porque el corazón de los compasivos lo hallaré abierto, y pa abrir

el de los testarúos hay llaves, y pa llegar al de los hipócritas hay ganzúas.

JUAN MANUEL

Pero, ¿y si discutimos con una paré y no con una persona? ¿Quién le encuentra el corazón a una paré?

JULIÁN

Y la paré con la que tú has discutío, ¿cómo se llama? ¿Dorotea?

JUAN MANUEL

No, señor. Se llama Pedro. Es su padre.

JULIÁN

Y, a Pedro, tan cabal y tan prudente como es, y tan amigo mío como fué, ¿qué flautín se le ha ocurrió tocar a estas alturas?

JUAN MANUEL

Ninguno. Como es tan cabal y tan prudente, se traga las explicaciones que yo quisiera oír y sale del paso con disculpas. Que soy un chiquillo;

que, por ser un chiquillo, puedo cambiar; que, por si cambio, no es justo que Dorotea me espere; que, como no va a esperarme, ná gana viniendo aquí, y que, como no va a pisar estos ladrillos, no debo yo ni mirar los de su casa. El escobón, padre. Lo ha empuñado pa barrerme, y me ha barrio.

AMPARO

¿Y quién no lo ha empuñado en el pueblo?

JUAN MANUEL

Por eso, yo, pa no hacer un disparate que después me pesaría, he resuelto, contando con que no se enfadará usté...

JULIÁN

Con un nudo en la garganta.

¿Salir de aquí?

JUAN MANUEL

Pa emigrar. Si, señor.

JULIÁN

Reponiéndose.

Claro. Tiés orgullo y te gustaría vivir donde

nadie te conociera, donde no supiese nadie mi historia. Es natural, y yo, si fueses mi único hijo, te dejaría ir. Pero no eres mi único hijo, Juan Manuel. Estas criaturas son tus hermanas y tú has de mirar por ellas.

JUAN MANUEL

Y miraré por ellas en su día.

JULIÁN

¿Y tan lejano ves ese día? ¿No puedo yo faltar?

JUAN MAÑUEL

¡No lo quiera Dios!

JULIÁN

El dispondrá lo que nos convenga, y tal vez convenga que yo falte. Y, en tal caso, el apoyo de estas criaturas serás tú. De Juliana, especialmente, que todavía no ha encontrao el hombre que la haga su esposa.

AMPARO

Y Amparito, ¿sí?

JULIÁN

Amparito, sí. *Acariciándola.* Hay un hombre que te quiere, y si ese hombre es bueno...

AMPARITO

Muy conmovida.

Más que nadie.

JULIÁN

Pues, si es bueno, se casará contigo. Te lo juro. Se ha retirao, o le han retirao por mí, y volverá por mí. Y volverá hoy mismo, porque ahora mismo le hablaré. Paternalmente. Descuida. *A Juan Manuel.* Ahí enfrente, en casa de Lucio, está... Llámale.

Sale Juan Manuel por el portón.

AMPARITO

Pero...

JULIÁN

Besándola.

Sin replicar. Y «dejarme» solo. *A su mujer.* ¿No hacen falta algunas cosillas de la huerta?... Pues dais el paseo, tomando el sol.

AMPARO

Vamos.

Salén por el portón Amparo, Juliana y Amparito, que en el zaguán se tropiezan con HONORIO.

HONORIO

Saludando torpemente.

Buenos días.

JULIÁN

Afable.

Pero no te quedes ahí como un pasmarote. Entra, que estás en tu casa.

HONORIO

Un poco asustado.

Agradeció, señor Julián. Y corresponderé a su finura diciéndole que yo querría que usted...

JULIÁN

Animándole.

Sigue, muchacho. ¿Qué es lo que tú querrías? Si te lo puedo conceder, tenlo por concedío.

HONORIO

No, señor Julián. Si no es que yo vaya a pedirle... ¡Quite usted! Me refería a la dificultad de la situación, que rejelea de amarga, y que me tié como en capilla. Porque Amparito, sin ofenderle a usted como padre, y hablando con escogimiento, es... mi bella ilusión. De modo que yo querría que usted, si no por mí, por ella, fuese mirao conmigo.

JULIÁN

Mirao y cariñoso. Pero, cuéntame lo que ha ocurrido. ¿Por qué no pisas esta casa?

HONORIO

Con la boca reseca.

Pues, la verdá: como venir a esta casa, yo habría seguío viniendo, y así se lo notifiqué a Amparo; y seguiría viniendo, aunque ella me echó, si ella no se desbocase con tanta facilidad. Y coste que hago una puntuación y no una crítica.

JULIÁN

Pasmado.

¿Que mi mujer te echó?

HONORIO

Echarme, lo que se llama echarme, no me echó. ¿Pa qué voy a decir otra cosa? Pero me azvirtió que no volviese.

JULIÁN

¿Por qué?

HONORIO

Esto es lo difícil de contar. A ella le gustaría que volviera, porque no me tié antipatía, ¿comprende? Pero, como hubo aquello del matrimonio... Por ná de importancia, puesto que mi padre, que le estima, roaría por usted. Sino que, como dice que soy tan jovensísimo...

JULIÁN

¿Y por eso ha acordao que no te cases?

HONORIO

Por la joventú.

JULIÁN

Pero, antes de que llegara yo, ¿no eras joven?... Porque te ibas a casar.

HONORIO

Atarugado.

Indiscutible. No se pué desmentir. Pero, tal vez entonces no cayeran en mi casa en lo grandísima que era mi joventú.

JULIÁN

Después de unos instantes de silencio.

Honorio, te voy a hablar con entera franqueza. Me gustaría que te casaras con Amparito porque eres bueno y porque Amparito está enamorado de ti. ¿Qué se opone a que os caseis? Más claro: tu padre, que permitía el casamiento, ¿por qué ahora no lo permite?

HONORIO

Acorralado.

Ya comprenderá usted que la razón de ciertos mandatos, un hijo no la debe preguntar. Se desespera uno, llora uno, echa uno por delante a la madre pa que inflúiga; pero no pregunta uno.

JULIÁN

Gravemente, pero sin dureza.

Honorio, fijate en que a mí no me engañarás.

Tengo más conchas que tú, hijo mío. Conque déjate de habilidades, que, además, no hacen falta, porque lo que charlemos quedará entre nosotros y, sobre todo, porque tu padre será sagrado para mí. De modo que si deseas que te ayude para que Amparito sea tu mujer, ábreme el corazón. ¿Por qué no permite tu padre que os caséis? El haber estado yo en presidio no influirá, puesto que iba a celebrarse la boda.

HONORIO

No, señor.

JULIÁN

Entonces, soy yo el estorbo, es mi persona la que tu padre no puede tolerar.

HONORIO

Perdónele usted. *Bajando la cabeza, avergonzado.* Es que le teme. Y me confesaré, y haga usted con nosotros, es decir, conmigo, lo que se le antoje. Entre mi familia no se ha discutido su honradez, porque es indiscutible; pero ninguno ha negado la terribilidad de su carácter, y esta terribilidad, indiscutible también, es la que lo ha torcido todo. «Si disputamos un día por unos ochavos o por una opinión—dice mi viejo—las palabras ¿no traerán los golpes y los golpes no traerán los tiros?»

JULIÁN

Amargamente.

¿Soy yo un bandolero o un loco?

HONORIO

Un bandolero, nunca. Un loco, sí—y disimule usted la claridá—cuando la sãngre se le sube a la cabeza.

JULIÁN

Sólo una vez me he vuelto loco y porque un loco me abofeteó. Y como hoy nadie me trataría así, el peligro de que la razón se me anuble ha pasao.

HONORIO

Sí; pero...

JULIÁN

Pero ¿qué? Tú, ¿me temes?

HONORIO

Con nobleza.

No lo sé. Casi le he tomao cariño; pero cuan-

do se alborota ustedé, y cambia de color y se le encienden los ojos, no es que le pierda el cariño ni que le tema, sino que...

JULIÁN

Con tristeza.

Me temes. Y, porque me temes, obedecerás a tu padre y dejarás a tu novia... si algo no te quita el temor. Me he equivocado contigo, Honorio.

HONORIO

¿Y no cree ustedé en mi estimación?

JULIÁN

Creo. Y pronto creerás tú en la mía, porque te la demostraré. Refiérele a tu padre esta conversación, y dile que, cuando me haga justicia, sentirá no haberme ofrecido la mano. Y anda con Dios, hombre.

HONORIO

Conmovido.

¿Así, señor Julián?

JULIÁN

Abrazándole.

Así, porque eres un gran muchacho. *Despidiéndose.*

dole. Y... te lo repito: refiérele a tu padre esta conversación y tú no la olvides.

Sale Honorio por el portón al entrar RUFO.

RUFO

Humildemente.

¿Da usted su licencia, señor Julián?

JULIÁN

Despreciativo.

¿A qué vienes? ¿No te he mandao que ni pases por aquí?

RUFO

Y le pido a usted perdón por desobedecerle.
Arrodillándose. ¡De rodillas se lo pido a usted!

JULIÁN

Sorprendido.

¿No te da vergüenza, pelgar? ¡Levántate, o te levanto a patadas!

RUFO

Levantándose.

Me da igual. Usted ha acabao conmigo, y ya tó

me da igual. ¡Que me peguen, que me escupan, que me partan este cochino corazón que se ha quedao sin valentía!

JULIÁN

Un poco impresionado por la desesperación del foragido.

¿Qué quieres de mí, Molinero?

RUFO

Que escuche una pregunta, porque me figuro que le importará.

JULIÁN

Mucha miga tendrá la pregunta. ¿Cuál es?

RUFO

Esta: ¿Quié saber por qué murió su primo Antolín Monje?

JULIÁN

No ibas descaminao. Me importa y te escucharé. Te escucho.

RUFO

Antolín, que se atrasó en dos o tres años malos y que era de un natural gastoso, le pidió dinero a don Benino pa ir bandeándose, y se bandeó bien, y llegaron las grandes cosechas y quiso pagar. Y entonces fué cuando se enteró. Por inocencia, había firmao como en un barbecho y no tenía que pagar lo recibio, sino ocho veces lo recibio, y además, gracias al papelote avalorao con su firma, se exponía a que por ladrón, le metieran en la cárcel. Y usted se acordará de cómo las gastaba Antolín.

JULIÁN

¿Le zurró a don Benino?

RUFO

Le sorprendió una madrugá en la plaza, le agofeteó y le pateó hasta que se le cansaron las manos y los pies y se despidió azvirtiéndole que a la otra noche iría pa que le entregara el documento o pa cortarle la cabeza.

JULIÁN

¿Y le denunció don Benino pa que le prendiesen y por eso se suicidó?

RUFO

Un poco alterado.

Antolín... no se suicidó.

JULIÁN

Adivinando de súbito y mirando con una rabia contenida al bándolero.

¡Ah! ¿Le asesinaste?

RUFO

Soberbiamente.

¡Le maté cara a cara!

JULIÁN

Despreciativo.

Era mucho hombre Antolín pa que, cara a cara, le matases tú.

RUFO

Con sinceridad.

Los hombres crecen o menguan según es la fantasía del que los mira; y, pa mi fantasía, hasta que le miré a usted, fueron tós mú chicos.

JULIÁN

¿Y por qué le mataste?

RUFO

Porque en mi despensa no había pan y porque don Benino me dió trescientos duros pa que le matara.

JULIÁN

¿Y no te hizo ná Antolín?

RUFO

No, porque le aticé con toa mi fuerza y se sobrecogió. Y, cuando quiso defenderse, ya le había degollao con su propia navaja, y dando el corte con la mano izquierda, pa que se figurasen que se había suicidao.

JULIÁN

Después de unos segundos de silencio.

Ahora me toca a mí preguntar, Molinero. Tú ¿sabes lo que nos queríamos Antolín y yo?

RUFO

Lo sé.

JULIÁN

Y, sabiéndolo, ¿me cuentas que le has matao?

RUFO

Con un odio que le envalentona.

¡Yo, no: don Benino! Le mató mi hambre, porque don Benino se empeñó en que le matara. Tuvo él más culpa que yo, y estoy seguro de que le matará usted si decide matarme. Y en muriendo él...

JULIÁN

¡Ah! ¿Te quiés vengar?

RUFO

¡Por vengarme daría un pie, una mano y un ojo!

JULIÁN

Sorprendido.

¿Y cómo no le has atizao un corte con la zurda?

RUFO

¡Por el presidio! ¡Porque prefiero el ataú al calabozo!

JULIÁN

¿Y crees que, por lo que me has denunciao, le apiolaré yo?

RUFO

No. Pero usté no le servirá, que es lo que busca pa tragarse al pueblo sin gastar un duro; y, si usté no le sirve, me llamará otra vez—porque me ha despedio—y entonces... ¡entonces no amontonará el dinero, aunque recoja montones de dinero!

JULIÁN

Me has hecho un favor, Rufo. Con mala idea porque de tu caletre sólo puén salir malas ideas, como del pincho del alacrán sólo pué salir veneno. Pero estimo el favor y voy a pagártelo. Te dejo tu finca.

RUFO

Tremulo de alegría.

¿Que me deja usté a don Benino?

JULIÁN

Mientras viva, tuyo es. Sacúdele el bolsillo, róble el sueño, amárgale el pan.

Entra HERACLIO por el portón.

RUFO

Le besaría a usté las manos.

JULIÁN

Y te arrepentirías. Vete, Molinero.

Sale Rufo por el portón.

HERACLIO

Como si estuviese enternecido.

Acabo de hablar con Lucio, y, emocionao todavía, vengo a darte las gracias.

JULIÁN

Con sequedad.

Sin retóricas, porque sabes tan bien como yo que por salvar tu cabeza nõ sacrificaría ni el filo de una uña.

HERACLIO

Pero has salvao a mis hijos y, aunque me odies, mientras el cuerpo me haga sombra, seré un esclavo pa ti. Y un ruego, y me callo. Daría viene

con tu mujer y con las muchachas. Déjala entrar, que te quíe pedir que la perdones.

JULIÁN

¿Esa víbora? *Encogiéndose de hombros.* Pero que entre.

Se asoma Heraclio a la puerta de la calle; agitando el sombrero llama a su costilla, y retorna junto a Julián.

HERACLIO

Ofreciéndole un pitillo.

¿Fumas?

JULIÁN

De tu tabaco, no.

HERACLIO

Hombre, no seas rencoroso. *Intentando vanamente fingir una emoción cordial.* Si te imaginaras lo que mi pésima suerte me ha hecho padecer...

JULIÁN

Cortándole el discurso con la palabra despreciativa y con el gesto burlón.

Buho.

Entran por el portón AMPARO, DARIA, JULIANA,
AMPARITO y JUAN MANUEL.

DARÍA

Con una humildad perfectamente falsa.

Ya te habrá dicho Heraclio que, pa que tó se olvide, vengo a pedirte perdón.

JULIÁN

Y pa que tó se olvide te perdono yo, aunque el haberme ofendió no te duela.

DARÍA

Violentándose.

Me duele, Julián.

JULIÁN

Pues no gastemos saliva. Borrón y cuenta nueva.

AMPARO

Y con Honorio, ¿habrá cuenta nueva?

JULIÁN

Con él y con tó el mundo quiero que las haya, y como eso es lo importante, las habrá.

Entra DON BENIGNO por el portón.

DON BENIGNO

Buenas y frescas.

Le contestan todos.

JULIÁN

Arrímese a la lumbre.

DOÑ BENIGNO

Un minuto, porque, si usted quiere, nos vamos a ir por la carretera alante, dando un paseo, pa charlar de nuestras cosas sin que nos interrumpen. Mientras menos bultos, más claridá.

JULIÁN

Hace mucho frío pa usted.

JULIANA

Y que nosotras no interrumpiremos. ¡Menuda faena nos aguarda en la cocinal

Salen por la izquierda Amparo, Daria, Juliana, Amparito, Juan Manuel y Heraclio.

DON BENIGNO

Aproximando al fuego sus botas agujereadas.

Consuela, consuela hoy el candelorio.

JULIÁN

Y sobre tó con esas botas.

DON BENIGNO

Riéndose.

¡Ah! ¿Se ha fijao en los agujerillos? Por eso me las pongo en estos días secos, en los que no hay peligro de que se mojen los pies. ¿Le parece mal?

JULIÁN

En usted, no. De ese modo, si le dejaran, juntaría millones.

DON BENIGNO

Maliciosamente.

¿Y sentiría usted que me dejaran?... Y mire por donde rueda la conversación hacia el caminito en el que yo la quería ver.

JULIÁN

Pa usted, ¿es de peso mi opinión?

DON BENIGNO

Como que entre la suya y la del ingenioso don Miguel Cervantes, llamao el quijote de la Mancha, me quedaría con la suya.

JULIÁN

Pues ya se la daré cuando arreglemos nuestro asunto. ¿Trae los papeles?

DON BENIGNO

Risueño.

No, señor. Y lo gordo no es esto. Lo gordo es que no los traeré. Y hay algo todavía más gordo: que me importan un comino.

JULIÁN

Hoy ¿le importan un comino? Después de haberse curao de su locura, ¿le importan un comino?

DON BENIGNO

Me explayaré. ¿Se figura que las calabazas de Julianita—¡que me han dolío, eso sí!—me han secao el glóbulo cerebral de la reflexión?... Pues no me lo han secao. Y como no me lo han secao, reflexiono; y como reflexiono, llego a lo que se dice un «colorario». Este: «Mejor que la amistá, es el parentesco; pero, si no consigues el parentesco, no pierdas, por orgullo, la amistá.» Es decir, que, aunque yo no me case con su hija, puedo intimar con usted. Y, pa intimar con usted, principio declarándole que sus papeles me importan un comino, porque su dinero no me importa ni un comino.

JULIÁN

Friamente.

Yo no azmito regalos.

DON BENIGNO

Con un júbilo que no consigue ocultar.

¿Ve usted cómo no hay quien se le parezca? ¿Existe alguien, ni en la categoría de los millonarios, que pudiendo coger dos mil duros no se los embolse? ¿Qué habría hecho ese timador de Rufo, que, por haberme defendío de cuatro

maulas, me estruja sin caridá?... ¡Ay, si me temieran como le temen a usted!... Pero yo soy un hombre delicaço, endeblillo, de números y no de pistola, como buen inteleztual, y las amenazas de los que no cumplen por granjería, caen sobre mí a chaparrones. ¡Y eso, eso es pa que se indiznen hasta las piedras! ¿Ahorro yo, castigándome incluso en la comida, pa no cobrar?... ¡Caray, no! Ahorro y presto pa cobrar. Y necesito cobrar pa seguir prestando. Y seguiré prestando, porque sembrar el dinero es mi vocación y mi gusto. Pero seguiré prestando si no me fastidian los tramposos. Y, pa que no me fastidien, quiero su amistá, y no íntima, sino intimísima.

JULIÁN

Después de contemplarle en silencio durante unos segundos.

¿Y qué debería yo hacer, don Benino?

DON BENIGNO

Pues, echao el Molinero—que pensará asesinarle a traición—, ná o poco más de ná, porque le temen a usted como al cólera. Y que, hoy en día, mis parroquianos son manejables.

JULIÁN

¿Tié usted muchos?

DON BENIGNO

En la comarca, setenta. Aquí, doce, y varios de cuidao, en lo relativo a mi interés. Sobre tó, uno, que es una: la viuda de Antolín.

JULIÁN

Pero, ¿no se comió usté lo de Antolín?

DON BENIGNO

Me comí unos pitracos y pensé que me comería la carne; pero la viuda es tan bragá, que vive a pan y agua con sus chiquillos pa ir recogiendo mis pagarés, y se queará con sus olivares. A don Lucio le tiraré un mordiscuelo, porque me ha pedío unos miles pa ayudarle a Heraclio, y a Heraclio, que me ha hipotecao tó lo de su mujer, engañándola, pa derretirlo en la ruleta, no le tiraré un mordiscuelo: me lo tragaré.

Se ríe alborozado.

JULIÁN

Para tirarle de la lengua.

Del dicho al hecho... ¿A que no se lo traga? ¿A que se achica usté pensando en sus niños?

DON BENIGNO

Y sus niños, como los otros niños, ¿no me apedrean?... ¡Si pa mí no hay mejor santo que Herodes!... Y que los niños inoran lo que es penar. ¿Socumben sus padres o se quean en la miseria? Pues al campo, de pastorcetes o de porqueros, o a pedir. Y yo, que he pedío limosna, sé lo que se disfruta pidiéndola y viviendo a costa del país en tó y por tó, con el bolsillo hinchao y el estómago lleno, y sin que le joroben a uno las exigencias de la sociedad. Y a lo nuestro. Como el peor de los peores, he apuntao en mi libro al Tuerto de la Rubia, que es un matón, y que ha principiao a reirse de mí. Usté le cortará la risa con mirarle ná más, que es lo que conviene. Rufo... hubiese tenío que utilizar la mano izquierda.

JULIÁN

Candorosamente, para quitarle importancia a la pregunta.

¿Heria con la mano izquierda?

DON BENIGNO

Con precipitación.

¡No, hombre, no! ¿Quién habla de herir? Utilizar la mano izquierda es portarse con habilidá.

JULIÁN

Y usted, ¿no necesita que yo me porte con habilidá?

DON BENIGNO

Con tal alegría que se emociona de veras.

¿Qué signifícao tiene esa pregunta? ¿Es que cuento con usted?

JULIÁN

Voy a consultarlo. *Y sale por la izquierda, y don Benigno, medio azorado, le oye gritar: «Venir», «venir» tós.*

Y entran con JULIÁN, AMPARO, DARIA, JULIANA, AMPARITO, JUAN MANUEL y HERACLIO.

DON BENIGNO

Con timidez.

Pero, Julián...

JULIÁN

Silencio, que no soy un chiquillo. *A Juan Manuel. Vete con tus hermanas a casa de Lucio.*

JUAN MANUEL

Pero...

JULIÁN

Vamos a tratar de una cuestión que no debéis conocer.

JULIANA

Con inquietud.

Media hora, padre. ¡No estaré fuera ni un minuto más!

JULIÁN

Abrazandola.

Esta criatura...

Salen por el portón Juliana, Amparito y Juan Manuel.

DON BENIGNO

Receloso.

Tiento, Julián.

JULIÁN

¿Tendré que repetirle que no soy un chiquillo? *A todos.* Pocas palabras. Vengo labrando la infelicidad de los que me rodean, y aunque tú no eres ya mi mujer, y aunque vosotros me odiais, y aunque son mis enemigos los que eran mis amigos, me gustaría no rematar mi obra. Principalmente—lo comprenderéis—por los que no me han negao el cariño: por las muchachas y por Juan Manuel.

DARÍA

*Que le escucha con un interés lleno de ansiedad,
como su hermana, el usurero y Heraclio.*

Nadie te ha negao el cariño.

JULIÁN

Sin mirarla.

He dicho que me gustaría no rematar mi obra. *Por don Benigno.* Y añado que, gracias a este hombre, el único del pueblo que me ha brindao amistá, se me ha ocurrió la manera de no rematarla. Y esa manera consiste en que yo, azmitiendo el puesto que Rufo tenía junto a él, cambie un poquito. *Después de unos instantes de silencio.* ¿No decís ná? ¿No os parece bien que insulte como Rufo, y que avasalle como Rufo y que, si hace falta, tienda al más pintao a puñalás, como Rufo?... Porque así, por el miedo de las familias, mis hijos se casarán, y, por temor, los que ahora me huyen, me buscarán pa adularme, y...

AMPARO

Interrumpiéndole con violencia.

¡Y serás tan canalla, tan malvao y tan asesino como Rufo!

JULIÁN

A don Benigno, con ironía.

¿La oye? No pué ser. *A todos.* Pero así no podemos continuar. ¿Y qué hago yo? ¿Me degüello? Tan medroso como los que me quíen matar soy pa matarme. ¿Emigro? No os conviene, porque volvería. ¿Y adónde voy pa que no me permitan volver? ¿No lo habéis pensao?... Yo, sí. Al presidio.

DON BENIGNO

Con temor.

Julián...

JULIÁN

Con energía.

¡Al presidio, que es mi único asilo! Pero ¿cómo se entra en el presidio? Porque sí, porque a uno se le antoje, no se entra. Y si yo le dijese al alcaide: «Señor alcaide, azmítame usté, porque mi casa es más dura pa mí que este infierno», me contestaría: «Comete un crimen, hijo. Gánate la entrá.» Y entonces yo sujetaría al primero que viese, y, llorando de pena y pidiendo perdón, le hundiría un cuchillo en el pecho pa ganarme la entrá.

AMPARO

Temblando.

¿Por qué nos asustas?

JULIÁN

¡Ah! Pero ¿crees que yo cometería esa infamia sin que se me rompiera el corazón?... Yo no podría cometer una infamia, porque no soy un infame. Y, como no lo soy, haría algo que pareciera un crimen... sin serlo. Algo... ¡algo así!

Y, de pronto, coge a don Benigno y le echa las zarpas al cuello y se lo oprime fieramente.

AMPARO

Huyendo, como Daria y Heraclio, al oír el estertor del usurero.

¡Favor, favor! ¡Socorro!

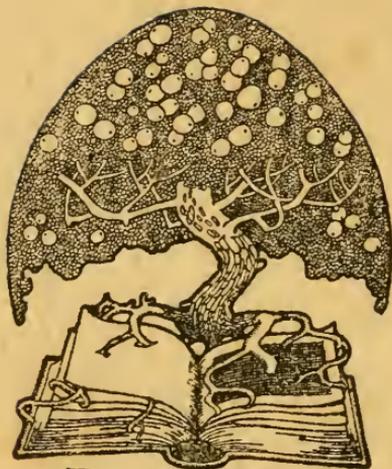
DARÍA

¡Auxilio, auxilio!

JULIÁN

¡«Correr» como el viento! ¡«Gritar», «llorar», «aullar»!... *Tirando, estrangulado, al prestamista.* ¡Que tós acudan! *Con bárbara grandeza.* Ya puén llevarme a mi casa.

FIN DEL DRAMA



PUEYO
MADRID